Dinamita cerebral

Antología de los cuentos anarquistas más famosos



Ekinaren Ekinaz argitaratua
43 posta kutxa - 48970 BASAURI (BIZKAIA)
E-mail: ekinarenekinaz@ymail.com
2008eko uztailan argitaratua

ÍNDICE	

PRESENTACIÓN

La primera versión de esta selección de cuentos de tradición ácrata, denominada certeramente por su antólogo, Juan Mir, Dinamita cerebral, se publicó en Mahón en el año 1913. Para la presente edición respetando su carácter clásico, transcribimos fielmente la lexicografía, la sintaxis y la ortografía de aquella "antología de los cuentos anarquistas más famosos". Las diferencias con la gramática y grafía actuales son mínimas no dificultando en absoluto una lectura contemporánea.

PROLOGO

Si la literatura sólo sirviese para entender a los desocupados y para hacer reír a los satisfechos, no apreciaríamos el trabajo de un escritor en más de lo que apreciamos las bufonadas de un payaso.

Este nos divierte un momento, mientras que el escritor ejerce una influencia poderosa en nuestra manera de sentir y de pensar.

Nada en el mundo produce una impresión tan duradera e influyente como la palabra escrita; y su importancia crece a medida que la industria facilita progresivamente los medios de reproducción y propagación de los papeles impresos.

Todos en la juventud hemos tenido nuestros autores predilectos, que han marcado una orientación decisiva en nuestra vida intelectual, moral y artística.

Terminó el escritor hace años el libro en que puso lo mejor de su personalidad; dedicó luego su atención a otras cosas; tal vez ya murió; pero su libro ha quedado, y personas que él no conoció, personas que no le conocieron, continúan experimentando las emociones que allí grabó su arte, sean de consuelo o de reflexión, de esperanza o de sufrimiento, de bondad o de horror.

Se realiza en esto como una especie de transmisión de herencia, para optar a la cual no se requieren derechos de primogenitura, sino afán de saber y capacidad para comprender. Jamás ningún otro legado se repartió con mayor justicia, ni dio a los herederos más preciosas riquezas.

Hubo siempre artistas y escritores asalariados y tuvieron sus defensores en el mundo de las letras todas las regresiones de la historia y todas las violencias, maldades y suciedades; pero, por fortuna, nunca las meretrices de la inteligencia llegaron a las alturas del arte sublime de los grandes maestros; porque si también los mercenarios pueden dominar la técnica y pulir las expresiones, en cambio tienen vedado el noble arranque de la espontaneidad y les falta la grandeza del pensamiento que es bello porque es verdadero y que llega al corazón porque es hermosamente humano.

Aquellos mismos cuya lozana juventud floreció en bellezas literarias pletóricas de vida y de pasión, apenas pudieron producir obras amaneradas y sin fondo cuando, después de haber aceptado el plato de lentejas, quisieron agradar a los poderosos y justificar sus lastimosa caída desde las cumbres de los ideales al lodazal de las villanas conveniencias.

No reina el servilismo en aquellas alturas. La inteligencia del hombre naturalmente busca la verdad y el corazón espontáneamente se dirige al bien. Así se explican los preciosos y constantes servicios de la literatura en pro de los más sublimes ideales de la humanidad.

Esto no es decir que los grandes artistas, pensadores y escritores de diferentes

épocas y países tengan todos el mismo credo, profesen iguales doctrinas o pertenezcan al mismo partido, ni mucho menos.

Léanse los nombres de los autores que se han reunido en este libro y se verá que muchos van por caminos diferentes, que tal vez sean contrarios entre sí; pero todos se encuentran en la alta cima. Hay algo que está en todos y más alto que todos.

Cada uno tendrá sus opiniones y su particular historia; sin embargo, todos convienen, más que en el pensamiento, en el sentimiento, en lo profundamente humano. Concuerdan todos en la protesta contra la injusticia.

Se ha coleccionado en este volumen un pequeño número de cuentos como podría reunirse docenas y centenares de magníficas obras literarias que justificarían más y más el título de Dinamita Cerebral, inventado por José Llunas, antiguo internacional y editor del semanario catalán La Tramontana, como oposición a la violencia sistemática de los dinamiteros.

El arte es revolucionario, el pensamiento es revolucionario, el corazón del hombre es revolucionario; y así será mientras la tiranía sea monstruosa, mientras se funde en el error y mientras se funde en el error y mientras sus obras sean malvadas e injustas, que es como decir mientras la tiranía exista en cualquiera de sus formas.

Si en algo han contribuido a la gran obra de la emancipación integral humana y al esclarecimiento de las conciencias, quedarán satisfechos los que publican este libro buscando más la divulgación de las ideas que los materiales beneficios.

¡SIN TRABAJO!

Emile Zola

I

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, encuéntranlo frío, como obscurecido con la tristeza que se desprende de una ruina. En el fondo de la sala principal, la máquina está silenciosa, con sus brazos delgados, sus ruedas inmóviles; y ella, cuyo soplo y movimiento animan habitualmente toda la casa, con los latidos de su corazón de gigante, incansable en la faena, agrega al conjunto una melancolía más.

El amo baja de su despacho y con aire de tristeza dice a sus obreros:

— Hijos míos, hoy no hay trabajo... Ya no vienen pedidos, de todas partes recibo contraórdenes, voy a quedarme con las existencias entre las manos. Este mes de Diciembre, con el cual contaba, este mes que otros años es de tanto trabajo, amenaza arruinar las casas más fuertes... Es preciso suspenderlo todo.

Y al ver que los obreros se miran unos a otros, con el espanto que les imbuye la idea de volver a casa, con el miedo del hambre que les amenaza para el día siguiente, añade en voz más baja:

— No soy egoísta, no, os lo juro... Mi situación es tan terrible, más terrible tal vez que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil pesetas. Hoy paro el trabajo para no ahondar más la sima; ni siquiera tengo los primeros cinco céntimos de la suma que necesito para mis vencimientos del 15...

Ya lo veis, os hablo como un amigo, nada os oculto. Tal vez mañana mismo vengan a embargarme. No es nuestra la culpa, ¡no es cierto! Hemos luchado hasta última hora. Hubiera querido ayudaros a pasar días de apuro; pero todo ha acabado, estoy hundido; no tengo ya ni un pedazo de pan para partirlo.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos minutos permanecen allí, mirando sus herramientas inútiles, con los puños cerrados. Otros días, desde el amanecer, las limas cantaban, los martillos marcaban el ritmo; y todo aquello parece que duerme ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias que no tendrán qué comer la semana próxima.

Algunas mujeres que trabajan en la fábrica sienten las lágrimas humedecerles los ojos. Los hombres quieren aparecer más resueltos. Se hacen los valientes, diciendo que la gente no se muere de hambre en París. Luego, cuando el amo los deja y le ven alejarse, encorvado en ocho días, abrumado tal vez por un desastre de mayores proporciones que las confesadas por él, van saliendo uno por uno, ahogados por la angustia, con el corazón oprimido, como si salieran del cuarto de un muerto. El muerto es el trabajo, es la máquina grande que permanece muda y cuyo esqueleto se destaca siniestro en la sombra.

II

El obrero está fuera de su casa, en la calle, en medio del arroyo. Ha paseado las aceras durante ocho días sin encontrar trabajo. De puerta en puerta ha ido ofreciendo sus brazos, sus manos, ofreciéndose él en cuerpo y alma para cualquier faena, para la más repugnante, la más dura, la más nociva. Y todas las puertas se han cerrado.

Entonces se ofreció a trabajar por la mitad del jornal; pero las puertas permanecieron cerradas. Aunque trabajase de balde no se le podría admitir. Es la paralización del trabajo, la terrible paralización que toca a muerto para los que habitan en las buhardillas. El pánico ha parado las industrias, y el dinero, cobarde, se ha escondido.

Al cabo de ocho días todo ha concluido. El obrero ha hecho una tentativa suprema y ahora vuelve con paso tardo, con las manos vacías, abrumado de miseria. La lluvia cae; aquella tarde París, inundado de barro, aparece fúnebre. El hombre va andando, recibiendo el chaparrón sin sentirlo, no oyendo más que su hambre y deteniéndose para llegar menos pronto. Inclínase sobre el parapeto del Sena: el río, cuyo caudal ha aumentado, corre con un rumor prolongado; la espuma blanca se desgarra en salpicaduras en uno de los tramos del puente. Inclínase más, la colosal riada pasa debajo de él lanzándole un llamamiento furioso. Después, piensa que sería una cobardía y se va.

La lluvia ha cesado. El gas flamea en los escaparates de las joyerías. Si rompiese un cristal, tomaría pan para algunos años con abrir y cerrar la mano. Las cocinas de los restaurants se encienden; y detrás de las cortinas de muselina blanca, ve gentes que comen. Apresura el paso, vuelve a subir a los barrios extremos, encontrando en el camino las asadurías y pastelerías del todo París comilón, que se exhibe a las horas del hambre.

Como la mujer y la pequeña lloraban por la mañana, les ofreció llevarles pan por la tarde. No se ha atrevido a decirles que había mentido, antes de que anocheciese. Al ir andando, pregúntase cómo entrará y qué les contestará para que tengan paciencia. Sin embargo, no pueden permanecer más tiempo sin comer. El probaría aún, pero la mujer y la pequeña son muy débiles.

Un momento se le ocurre pedir limosna; pero cuando una señora o un caballero pasan a su lado y él intenta alargar la mano, su brazo se paraliza y la voz se ahoga en su garganta. Entonces los transeúntes adinerados le vuelven la espalda, creyéndolo borracho, al ver su feroz semblante de hambriento.

III

La mujer del obrero ha bajado a la puerta de la calle, dejando arriba a la niña dormida. La mujer es muy delgada; lleva un vestido de percal. El viento helado de la calle la hace tiritar.

Ya no le queda nada en casa: todo lo llevó al Montepío. Ocho días sin trabajo

bastan para vaciar una casa. La víspera vendió a un trapero el último puñado de lana de su colchón: el colchón se fue así; ahora no queda más que la tela. Allá arriba la colgó delante de la ventana, para impedir que entre el aire, porque la niña tose mucho.

Sin decir nada a su marido, ella también ha buscado por su parte. Pero la falta de trabajo ha alcanzado con más dureza a las mujeres que a los hombres. En la meseta de su cuarto oye a unas desgraciadas que lloran durante la noche. Encontró una de pie en el rincón de una calle; otra ha muerto; otra ha desaparecido.

Afortunadamente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Vivirían sin apuros si la falta de trabajo no les hubiese despojado de todo. Ha agotado el crédito: debe al panadero, al especiero, a la frutera y ya ni siquiera se atreve a pasar delante de las tiendas. Por la tarde fue a casa de su hermana a pedirle una peseta prestada, pero allí encontró también tal miseria, que se echó a llorar, sin decir nada, y las dos, su hermana y ella, estuvieron llorando mucho tiempo. Luego, al marcharse la ofreció llevarle un pedazo de pan si su marido volvía con algo.

El marido no vuelve. La lluvia cae; la mujer se refugia en la puerta: grandes gotas de agua caen a sus pies; un polvillo de agua atraviesa su falda. A ratos se impacienta, se echa fuera a pesar de la lluvia, va hasta el final de la calle para ver si ve a lo lejos al que espera. Y cuando vuelve, toda mojada, pasa la mano por su cabeza para escurrir el agua; aun cobra paciencia, sacudida por cortos calofríos de fiebre.

Los transeúntes al ir y venir le codean y la pobre mujer se encoge cuanto puede para no molestar a nadie. Los hombres le miran frente a frente y a ratos siente alientos calientes que le rozan el cuello. Todo el París sospechoso, la calle con su lodo, sus claridades crudas y el rodar de los coches, parecen querer cojerla y arrojarla al arroyo. Tiene hambre, pertenece a todo el mundo. Enfrente hay un panadero, y la pobre mujer piensa en la pequeña que duerme arriba.

Después, cuando al fin el marido aparece, rozando como un miserable las paredes de las casas, se precipita a su encuentro, y le mira ansiosamente.

— ¿Qué hay? — dice balbuceando.

En vez de contestar, el obrero baja la cabeza. Entonces, la mujer sube la primera, pálida como una muerta.

IV

Arriba la pequeña no duerme. Se ha despertado, y está pensando enfrente de un cabo de vea que se extingue en un extremo de la mesa. Y no se sabe qué pensamiento terrible y doloroso pasa sobre la faz de aquella chicuela de siete años, con rasgos serios y marchitos de mujer hecha.

Está sentada sobre el borde del cofre que le sirve de cama. Sus pies desnudos tiemblan de frío, sus manos de muñeca enfermiza aprietan contra el pecho los trapos con que se cubre. Siente allí una quemadura, un fuego que quisiera apagar.

Está pensando.

Nunca ha tenido juguetes. No puede ir a la escuela porque no tiene zapatos. Recuerda que cuando era más pequeña su madre la llevaba a tomar el sol. Pero aquello está lejos. Fue preciso mudar de habitación, y desde aquella época le parece que un gran frío sopló dentro de su casa. Desde entonces nunca ha estado contenta; siempre ha tenido hambre.

Es una cosa profunda en la cual penetra sin poder comprenderla. Pues qué, ¿todo el mundo tiene hambre? Ha procurado, sin embargo, acostumbrarse a eso, pero no ha podido. Piensa que es demasiado pequeña y que es preciso ser grande para saber. La madre sabe, sin duda, esa cosa que se oculta a los niños. Si se atreviese, preguntaría quién nos trae así al mundo para que se tenga hambre.

¡Luego, en casa todo es tan feo! Mira la ventana, donde el viento sacude la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles rotos, toda aquella vergüenza de buhardilla, que la falta de trabajo ensucia con su desesperación.

Imagina haber soñado con habitaciones bien calientes, en las que había cosas que relucían; cierra los ojos para volverlas a ver, y a través de sus párpados adelgazados, la llama de la vela se convierte en un gran resplandor de oro, en el que desearía entrar. Pero el viento sopla y por la ventana llega una corriente tan fuerte de aire que la produce un acceso de tos. La niña tiene los ojos de lágrimas.

Antes tenía miedo cuando la dejaban sola; ahora no sabe, lo mismo le da. Como no se ha comido desde la víspera, cree que su madre ha bajado a buscar pan. Entonces esta idea la divierte. Cortará su pan en pedazos pequeñitos, los irá cogiendo despacio, uno por uno. Jugará con su pan.

La madre ha vuelto, el padre ha cerrado la puerta. La niña les mira las manos a los dos, muy sorprendida. Y, como nada dicen, al cabo de un momento la pequeña repite con tono de canturia:

— Tengo hambre, tengo hambre.

El padre, en un rincón, se ha cogido la cabeza entre los puños; allí permanece abrumado, sacudidas las espaldas por desgarradores y silenciosos gemidos. La madre, conteniendo sus lágrimas, acuesta a la pequeña. La tapa con todos los andrajos que hay en la casa; le dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, a la que el frío hace dar diente con diente y que siente el fuego en su pecho quemarla con más fuerza, se hace atrevida. Se cuelga del cuello de su madre y muy quedito:

— Di, mamá, le pregunta, ¿pero por qué tenemos hambre?

LOS DOS HACENDADOS

Magdalena Vernet

En cierto país de América vivían dos hacendados inmensamente ricos cuyas propiedades vastísimas colindaban. El uno cultivaba la caña de azúcar, el otro el café. Sus plantaciones eran soberbias y magníficamente cuidadas por esclavos negros.

La ley de aquel país prohibía a los amos de esclavos que vendieran las crías de sus negros y que se desembarazasen de sus servidores bajo pretexto de vejez. Al comprar un esclavo, el amo venía obligado a conservarlo hasta que muriese. El dominio de cada colono formaba de esta suerte un pequeño Estado.

Pero sucedió que un día el hacendado del café y el hacendado de la caña de azúcar notaron que aumentaban siempre el personal que tenía que alimentar, sin obtener por esto más abundantes cosechas. Había, pues, exceso de gasto y disminución de beneficios.

Los dos llegaron a estar pensativos.

◙◙◙◙◙

El hacendado del café tuvo una idea: aumentó la tarifa de los productos.

— De este modo, pensaba, cubriré la diferencia.

Y jugando a las cartas con su vecino, el hacendado del café, le confió a su remedio.

Ambos elevaron los precios de sus mercancías; pero como todos los Estados de América no estaban sometidos a la misma ley, los otros productores no aumentaron los precios y nuestros hacendados no pudieron vender sus cosechas.

Hubieron de resignarse a vender al precio del mercado, como los otros, y se debatían los sesos para hallar otro remedio.

◙◙◙◙◙

A su vez, el hacendado de la caña de azúcar tuvo una ocurrencia.

— Reduzcamos la alimentación de nuestra gente.

— ¡Eureka! Gritó el vecino.

Los alimentos fueron reducidos. Se los redujo hasta lo estrictamente necesario para la vida.

Pero también esta vez el resultado fue malo: los negros, mal alimentados, se rendían y el trabajo se resentía de ello. De suerte que, sí había una disminución de gastos, había también disminución de beneficios.

Se ensayó entonces persuadir a los negros que no se juntasen con sus compañeras, que no tuviesen hijos, hasta se rodearon sus uniones de una serie de complicaciones y dificultades. Pero los infelices —no teniendo otro placer, como decían—, querían, a pesar de todo, tener una mujer y tenían hijos, a pesar de todo.

La situación era siempre mala.

Y hasta se agravaba. Maltratados, mal alimentados, los negros comenzaban a murmurar y cruzaban por sus cerebros veleidades de rebeldía.

Los dos hacendados veían con terror aproximarse la hora de una insurrección. ¿Qué sucedería? ¿Serían los negros capaces de apoderarse de todas las riquezas que su trabajo habían producido?

Es necesario a todo trance conjurar el peligro. Los dos hacendados se reunieron y, después de jugar otra partida, con acompañamiento de tazas de excelente moka —con el café del uno y el azúcar del otro—, convinieron en un tercer remedio, que calificaron de infalible. Así, restablecida su tranquilidad, se despidieron con un apretón de manos.

◘◘◘◘◘

Al día siguiente, visitando el límite de su propiedad, el hacendado del café notó que las cañas de azúcar de habían apoderado de una franja de terreno que, según el declaraba, le pertenecía.

En seguida, envió una delegación de negros a requerir a su vecino, que vino escoltado por una delegación de los suyos.

— Este es el caso, dijo en tono agrio el hacendado del café; vuestras cañas invaden mi terreno.

— Perdonad, replicó el otro no en tono menos acerbo; ese terreno me pertenece.

— Nunca; mirad donde están los jalones.

— Señor mío, los límites han sido cambiados y yo os acuso de haberlos trasladado para buscar querella.

— Mis fieles amigos, dijo entonces el hacendado del café volviéndose a sus negros, yo os tomo por testigos del insulto que se me acaba de hacer.

— Y vosotros, mis buenos camaradas, dijo el otro hacendado a sus esclavos, yo os ruego que hagáis constar que los jalones han sido cambiados de lugar.

— Está bien, señor, replicó el insultado, tendréis que darme la razón bien pronto.

— No os temo, respondió con altivez el hacendado de las cañas.

Ambos se saludaron inflexibles y se alejaron seguidos de sus delegaciones de negros, muy contentos y orgullosos por haber sido tratados por sus amos de fieles amigos y de buenos camaradas.

Por la noche, en las humildes cabañas negras de las dos plantaciones, los esclavos —muy sobreexcitados por un vaso de ron, muy generosamente distribuido— no se hablaba más que de honor ofendido, de honor a vengar, de dignidad herida, etc...

— Hay que vengar al amo, decían.

— Estamos prestos a morir por el buen amo, encarecían los más sentimentales.

Y los dos hacendados, habiendo salido a dar un paseo a la sordina por detrás de las miserables barracas, reventaban de risa, al pensar cuan buen remedio ha-

bían hallado por fin.

◘◘◘◘◘

A la mañana siguiente, el hacendado de café envió la delegación de sus negros a declarar la guerra a su vecino el hacendado de la caña de azúcar.

— Sobre todo, mis fieles amigos, dijo, nada de concesiones. Hemos sido ofendidos y hay que lavar la injuria.

— ¡Oh! Amo, quedar tranquilo, respondieron los buenos negros; nosotros querer morir por vengar el honor del amo.

Por su parte, el hacendado de la caña había recomendado a sus buenos camaradas esclavos que no hiciesen concesiones y estuviesen muy firmes.

— ¡Demostrad que sois hombres! Declamaba con un tono soberbio.

Llenos de orgullo por este calificativo de hombres, ellos a quienes se acostumbraba a tratar como perros, los negros del segundo hacendado recibieron muy mal a sus congéneres vecinos. Les maltrataron, les llamaron ¡bandidos! y ¡ladrones! —fueron hombres, en fin, por el odio y la violencia— y la guerra fue declarada.

◘◘◘◘◘

Al día siguiente todo había terminado. En las dos plantaciones, las tres cuartas partes de los negros estaban muertos, tendidos sobre el suelo. Se habían batido con horcas, con azadones y con hachas. Algunas negras habían querido mezclarse y sus cadáveres yacían junto a los de sus compañeros. Otras negras, arrodilladas sobre el campo de matanza, lloraban silenciosamente, apretando en sus brazos pequeños negritos.

En el dominio del vencedor —el hacendado del café— una negra, sin embargo, no lloraba. Feroz, miraba a su muchacho, muerto, a sus pies, y a su hombre herido, sentado en un banco, cerca de ella.

Pasó el amo.

— ¡Miserable! gritó la negra; tú haber matado mi hijo.

— Es una gran desgracia, dijo el amo con dulzura; pero debes consolarte, mi pobre vieja, pensando que hemos conseguido la victoria.

— Tú tener la victoria, nosotros no —replicó la vieja, con ira—; nosotros quedar esclavos, como antes.

— Pero hemos vengado nuestro honor ofendido, declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó:

— Tú nos has burlado con tu honor. Tú ser un asesino.

— Sí, tú ser un asesino, repitió la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción par prevenir la rebelión.

— Y vosotros sois ingratos y traidores, dijo con tono de juez, y merecéis la muerte de los traidores.

Tiró del revólver, disparó dos veces y los dos esposos negros cayeron sobre el cadáver de su hijo.

En seguida, los que habían asistido a esta escena, llenos a la vez de miedo y de admiración, cayeron de rodillas.

— ¡Oh! amo, dijeron, ¡buen amo!

— Lenvantáos, les dijo éste. Durante ocho días no trabajaréis. Haced hermosos funerales a vuestros camaradas, gloriosamente muertos por el honor de nuestro dominio. Yo os prometo levantar un bello monumento sobre su tumba.

Los negros se levantaron, satisfechos de pertenecer a un hombre tan generoso. Hicieron hermosos funerales a sus muertos, entonaron cantos de victoria y bebieron ron; después, al cabo de ocho días emprendieron de nuevo su penoso trabajo de esclavos.

◘ ◘ ◘ ◘ ◘

En la plantación vecina las cosas ocurrieron con alguna diferencia. Habían sido vencidos.

El hacendado de las cañas de azúcar condujo a los sobrevivientes negros al campo de batalla.

— Mirad, —dijo enseñándoles la faja de terreno que había tenido que abandonar, con las cañas, a su vecino vencedor—; mirad, se nos ha despojado. Os habéis portado como valientes, pero la fatalidad ha sido en contra nuestra.

— Buen amo, declararon los negros, nosotros vengar un día nuestros camaradas muertos.

— Sí, amigos míos; tomaremos nuestra revancha cuando el momento sea propicio. Entre tanto, haced hermosos funerales a vuestros hermanos y no olvidéis que su sangre clama venganza.

Y los negros sobrevivientes, extendiendo la mano sobre los cadáveres, juraron preparar la revancha. Hicieron hermosos funerales a sus muertos, entonaron cánticos feroces de venganza y bebieron ron para olvidar la derrota; después emprendieron de nuevo también, su duro trabajo de esclavos.

◘ ◘ ◘ ◘ ◘

Desde entonces los dos hacendados ya no tienen inquietudes. Cuando sus esclavos vienen a ser demasiado numerosos, cuando temen una rebelión de sus negros, o cuando necesitan hacerse temer, se ponen de acuerdo mientras juegan a las cartas, y con pretexto de la faja de terreno a defender o a reconquistar, o con pretexto de vengar los muertos, lanzan uno contra otro los dos rebaños de negros, que han acabado por calificarse mutuamente de enemigos y se matan sin piedad.

Esto siempre tiene éxito. Y siempre también después de cada batalla, los dos hacendados, saborean una taza de excelente moka —con el café del uno y el azúcar del otro— se felicitan por haber hallado por fin el gran remedio.


l@s ric@s más ric@s
l@s pobres más pobres
¿hasta
cuándo?

EL CULTO DE LA VERDAD

▬ A. Strindberg ▬

En casa de Johan se profesaba el culto de la verdad.

— Decid siempre la verdad, suceda lo que suceda, repetía con frecuencia el padre, y contaba una historia que le había sucedido.

En cierta ocasión, había prometido a uno de sus clientes enviarle, el mismo día, un objeto que había comprado. Lo olvidó y habría podido invocar una razón cualquiera; pero cuando el cliente, furioso, acudió a la tienda y le dirigió reproches groseros, el padre respondió reconociendo humildemente su olvido, pidió perdón y declaró querer compensar los perjuicios.

Sentido moral: el cliente asombrado, le tiende la mano y demuestra su estimación. (Nos parece, sin embargo, que los mercaderes no deberían mostrarse ten meticulosos entre sí.)

El padre era inteligente y, como todos los viejos, estaba seguro de sus afirmaciones.

Johan, que jamás estaba inactivo, había hecho un descubrimiento: se podía emplear el tiempo en ir a la escuela y a la vez enriquecerse... Un día encontró sobre la acera de la Puerta de los Holandeses una tuerca y se regocijó, porque con un cordel hizo una honda. Desde entonces marchaba siempre por en medio de la calle, recogiendo todos los pedazos de hierro que encontraba. Como las puertas ajustaban mal y los pesados carros no estaban defendidos, los hierros eran cruelmente maltratados. Por esto un peatón atento estaba seguro de hallar cada día un par de clavos, un perno, al menos una tuerca, y aun a veces una herradura. Johan pensaba sobre todo en las tuercas e hizo de ellas su especialidad. En un mes había llenado casi una cuarta parte de un tonel.

Estaba un día divirtiéndose en su cuarto, cuando entró su padre interrogándole duramente:

— ¿Qué es eso que tienes aquí? —dijo el padre abriendo mucho los ojos.

— Son tuercas —respondió Johan tranquilamente.

— ¿Quién te las ha dado?

— Las he recogido.

— ¿Recogido? ¿Dónde?

— Bajo la puerta.

— ¿En un solo sitio?

— No, en varios sitios; por la calle a menudo se encuentran.

— No... ¡A mí no me engañas! Tú mientes... Ven acá que he de hablarte...

Y, efectivamente, le habló con el bastón.

— ¿Lo declararás, ahora?

— Las he recogido en la calle.

Y fue torturado hasta que declaró.

¿Qué iba a declarar? El dolor y el miedo de que no acabase aquella escena fue causa de que mintiese.

— Las he robado —se apresuró a decir Johan.

— ¿Dónde?

Claro está que no sabía en qué parte de los carros había tuercas, pero supuso que las habría.

— Debajo de los carros —añadió con seguridad.

— ¿Dónde?

Su imaginación evoco un lugar donde había muchos carros.

— Cerca de una construcción que está frente a la calle Smedgaard.

Haber especificado la calle hacía la cosa verosímil. El viejo estaba ya seguro de haberle arrancado la verdad. Entonces siguieron estas reflexiones.

¿Cómo has podido tomarlas con los dedos?

El chico no había pensado en esto; pero, viendo el armario donde guardaba su padre las herramientas, de repente contestó.

— Con un destornillador.

Sabido es que las tuercas no se pueden sacar con un destornillador; pero la imaginación del padre estaba en acción y se dejó engañar.

— Pero, ¡esto es horrible! ¡Tú eres un ladrón! —Y subitamente se le ocurrió llamar a la policía.

Johan pensó en tranquilizar a su padre, haciéndole ver que todo lo que había dicho era mentira, pero ante la perspectiva de continuar siendo maltratado, renuncio a su intento.

Vino la noche, y al acostarse y cuando su madre se le acercó para hacerle rezar, Johan, en actitud patética, exclamó:

— Yo no he robado las tuercas; ¡el diablo lo sabe!

La madre le miró un rato y, reconviniédole, le dijo:

— No se ha de jurar de este modo.

El castigo coporal le había humillado, deshonrado; estaba furioso contra Dios, contra sus padres y sobre todo contra sus hermanos, que no habían atestiguado en su favor, por más que ya sabían de qué se trataba.

Johan no rezó aquella noche; pero deseó que hubiese un incendio sin tener necesidad de aplicar un fósforo.

EL NIDO DE ÁGUILA

(LEYENDA DANESA)

Henrik Pontoppidan

Cayendo aplomo sobre un pequeño pueblo, alzábase en la azulada atmósfera abrupto peñasco, tan alto y desnudo, que ningún pie humano pudo alcanzar su cúspide, y donde una familia de águilas había construido su nido. Sobre este nido Bjorndtjerne Bjorson ha escrito una historia; pero como le he oído contar algo diferente, a mi vez la traslado al papel.

Escuchad:

Sobre la cima de este peñasco —repito— una familia de águilas había construido su nido, y desde lejanos tiempos, tantos como pueda recordar la memoria de los hombres, las águilas habían sido el terror de la comarca.

Tan pronto caían sobre las cabras y ovejas que tranquilamente ramoneaban la hierba de los lejanos prados, como picoteaban los ojos de los pastores que con sus palos intentaban defender sus rebaños. Sí; a veces, hasta se apoderaban de los niños mientras jugueteaban en la plaza del pueblo; levantándolos suspendidos de sus garras, más alto que la cima del peñasco, para desde allí lanzarlos y destrozarlos en su caída.

Los audaces jóvenes del país soñaban siempre con el noble propósito de escalar el peñasco para arrojar del nido a los rapaces y volver la tranquilidad al pueblo. Desde la infancia ejercitábanse en encaramarse por las paredes del peñasco y a esto se debía que no se encontrara por los alrededores otros hombres tan audaces y atrevidos como ellos. Era rarísimo quien pasara de los veinte años sin que hubiese tentado el peligroso escalo del nido del águila, pues nadie los hubiera considerado hombres, ni ellos se habrían atrevido a cortejar de noche una muchacha sin haber probado su valentía contra el invencible enemigo.

Y, sin embargo, ninguno de ellos logró poner su mano en el nefasto nido. Algunos llegaban hasta el primer saliente del peñasco; pero, una vez en él, se apoderaba el vértigo al contemplar, bajo sus pies, la aguda flecha del campanario del pueblo irguiéndose en el azul como el hierro de una lanza. Otros llegaron hasta la segunda aspereza, casi a la mitad del camino; pero al querer traspasarla, las capas pizarrosas se desmenuzaban bajo sus pies, y con celeridad vertiginosa resbalaban a lo largo de la abrupta roca, rechazados, rotos sus huesos y hendido el cráneo. Uno sólo alcanzó un día la tercera anfructuosidad; pero, una vez en ella, cayó de improviso de espaldas, como repelido por invisible mano. Cual pájaro herido, atravesó el aire, rebotó de roca en roca y rodó, en fin, despedazado, en medio del pueblo.

Por esta época, un nuevo párroco llegó a la comarca, y cuando se enteró de la

loca lucha emprendida por los habitantes contra las águilas, comenzó desde el púlpito a fulminar sus rayos contra aquel insensato juego de vida o muerte.

— Es tentar a Dios —exclamó— el cual, en su sabiduría, ha puesto límites al poder del hombre, límites que nadie puede traspasar sin ser castigado. —Y señalando el nido, añadió que Dios mismo lo había emplazado tan alto como señal evidente de que hay cosas que desafían todos los esfuerzos humanos—. ¡Pues saludable es que siempre haya alguna —decía— que el pueblo jamás pueda alcanzar!

Entre los ancianos del lugar, el sermón del cura cayó en terreno abonado; pues no había casa que no contara con un hijo estropeado, ni familia que no llorase la pérdida del consuelo y apoyo a su vejez. No obstante, parecía como si la abrupta cima les atrajese con irresistible pujanza; pues corría ya de boca en boca la noticia de que al siguiente domingo un joven de diez y ocho años, hijo único de una pobre viuda, intentaría el arriesgado escalo.

En la gran plaza de la iglesia, a la hora fijada, los habitantes del pueblo, reunidos, hablaban bajo, contemplando, a través de las veraniegas nieblas, las paredes de la roca en que el joven había llegado al primer saliente. Este, ni siquiera se detuvo; quitóse el sombrero, y lanzando con todas sus fuerzas de sus pulmones un grito de esperanza, saludó a su madre, que, desgreñada y sollozando, arrodillada al pie del peñasco, tendíale sus brazos... Al alcanzar la segunda aspereza, sentóse el joven y mientras se enjugaba el sudor, midió con ojo certero la distancia que le separaba del final del camino.

Todas las miradas se fijaron en él, cuando un instante después se le vio estrechar el cinturón y, con la lentitud de un gato, avanzar de nuevo, ayudándose con las manos, puesto que el peñasco, desgastado por las heladas del invierno, volvíase cada vez más perpendicular. A cada tentativa de avance resbalaba; y los viejos bajaban la cabeza, mirando con ojos de compasión a la madre desvanecida en medio de un corro de mujeres.

— Esto acabará mal —murmuraban acercándose unos a otros.— ¡Es demasiado joven! ¡Y demasiado atrevido!

En una pequeña elevación del terreno, una joven de rubia cabellera, aislada de todos, con su corpiño encarnado, contemplaba la escena cruzadas sus dos manos a la espalda. Varias mujeres del pueblo, al pasar cerca, la miraban con torva, ceñuda faz, al saber que era la novia del audaz joven y precisamente la que le había pedido aquella prueba de su valentía y de su cariño. Indiferente a la ansiedad general y a la indignación que la rodeaba, seguía con la vista, sonriente, a su prometido, suspendido entre el cielo y la tierra; y en su linda cara, tersa y acarminada, leíase la certeza de que sería su novio el que lograra alcanzar lo que otro no pudiera obtener.

De pronto, un grito partió de la asamblea. Subiendo rápidamente en zig-zag, el

joven acababa de alcanzar la tercera y última saliente. Pero sus fuerzas parecían agotadas. A pesar de que no semejaba más grande que una mosca, pudo distinguírsele agarrado aún a la roca.

El que poseía mejor vista de los del lugar, un hombre rodeado de un grupo ansioso, dijo sacudiendo tristemente la cabeza:

— No volverá vivo. Está más blanco que la cal y tiene las manos ensangrentadas.

Silencio general se impuso. El joven erguíase de nuevo y el hombre citado vióle como se estrechaba aún más el cinturón, examinando las paredes rocosas que ante él tenía, perpendiculares entonces hasta el nido. Viósele buscar a tientas apoyo para sus manos y pies...

Un estremecimiento sacudió dolorosamente a todos: ¡el joven resbalaba!

Gruesas rocas destacáronse del peñasco rodando ruidosas a lo largo de las rocas...

— Todo acabo para él —pensaron algunos; otros, en su emoción, dijéronlo en alta voz.

Pero, vivamente, el atrevido cogióse con sus dos manos a una hendidura de la roca y se retuvo agazapado hasta que sus pies encontraron nuevo apoyo. Y lentamente, con precaución, avanzó...

Minutos parecidos a siglos transcurrieron, durante los cuales los espectadores reunidos mirabanse unos a otros espantados, pues la sombra proyectada por la cima ocultó a sus ojos asombrados el audaz joven. ¡Tal vez había caído!

De improviso estalló un clamoreo general. Viéronle sobre la cima de la roca, destacándose en el claro azul del cielo.

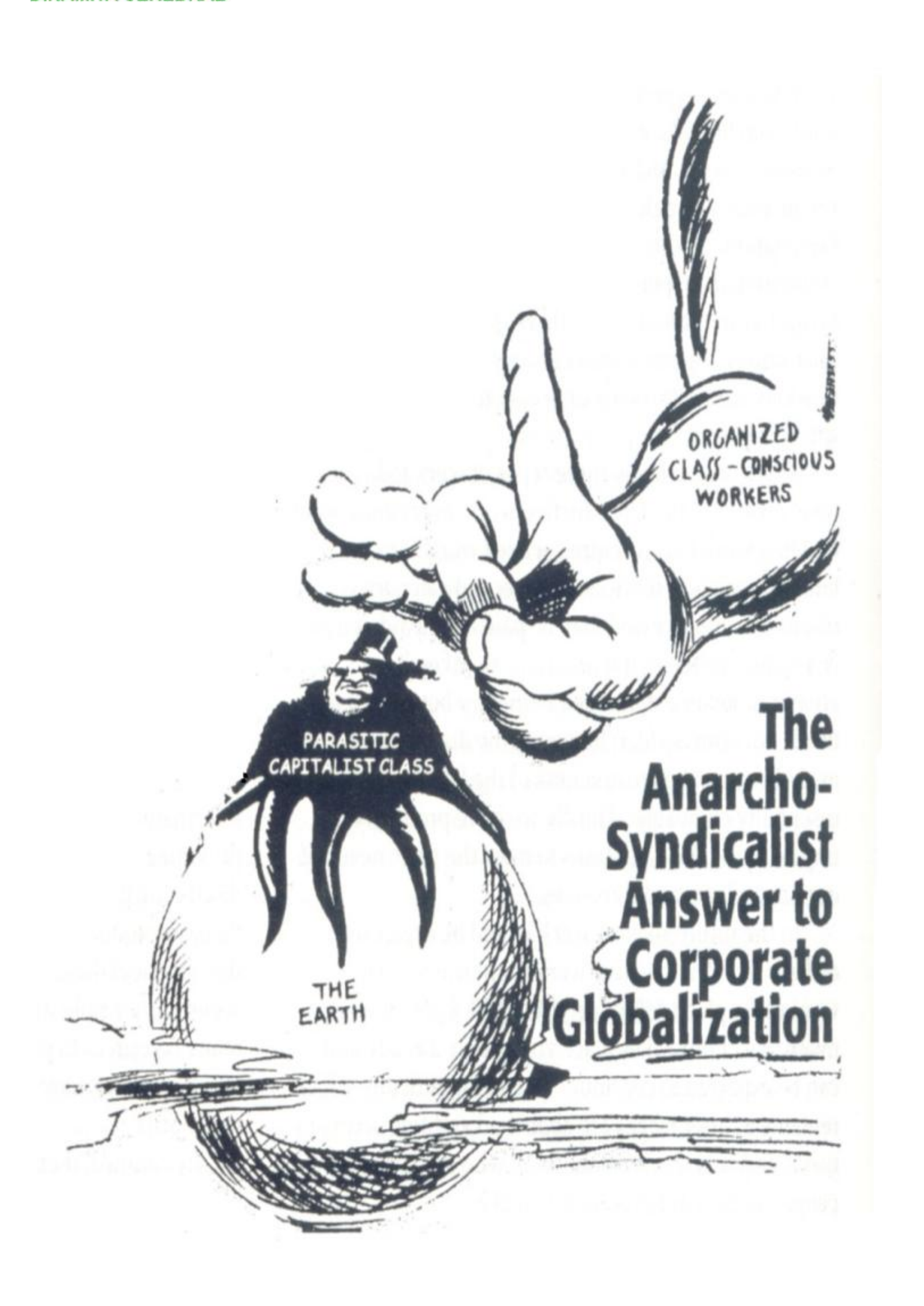
En aquel momento, las águilas, muy lentamente, atravesaban los aires...; pero el joven, con un rápido movimiento, cogió las ramas del nido y nido y huevos cayeron precipitados de lo alto de la roca en las profundidades peñascosas. Las águilas, aterrorizadas, interrumpieron su vuelo; después, las dos, arrojando agudos chillidos y con rápido y ruidos batir de alas, volaron de nuevo, desapareciendo a lo lejos...

Y en la pradera los gritos de contento hendían la atmósfera de tal modo como jamás desde tiempos inmemoriables se habían oído.

Solamente el párroco se retiró silenciosamente y cabizbajo.

"Sólo él no podía comprender aquello..."

¡Y es que no hay nada en el mundo, por alto que sea, que la voluntad tenaz y firme de un pueblo no pueda alcanzar!



The Anarcho-Syndicalist Answer to Corporate Globalization

EL HURTO

Francisco Pi y Margall

— ¿Qué ocurre?
— Acaban de robarme una boquilla de ámbar que tenía sobre la mesa.
— ¿Conoces al ladrón?
— Debió de ser uno que me refirió hace poco la mar de aventuras y terminó por pedirme una limosna.
— ¿Se la diste?
— No; no me inspiran lástima hombres que pordiosean pudiendo vivir de su trabajo.
— ¿Sabes que la tiene?
— Se quejó de no haber encontrado hace tiempo en qué emplear sus fuerzas. ¿Vas a creerle?
— ¿Por qué no? Están llenas las calles de jornaleros que huelgan.
— Los malos.
— Y los buenos. La crisis es grande. No se edifica y sobran millones de brazos.
— La crisis no autoriza el hurto.
— No lo autoriza, pero exige de la autoridad que socorra al que muere de hambre. Se estremece la tierra y vienen a ruina casas y pueblos; saltan de sus márgenes los ríos e inundan los valles. Suena al punto un clamoreo general por que se corra en ayuda de los que padecieron por la inundación o el terremoto. ¿Por qué ha de permanecer muda la sociedad ante los dolores de los que sufren, en apagados hogares y míseros tugurios, las consecuencias de crisis que no provocaron?
— Tratas en vano de disculpar el hurto; consentirlo es ya un crimen. No puede blasonar de cultura la nación donde la confianza falta y la propiedad peligra.
— ¿Qué harás entonces con tu presunto hurtador?
— No haré, hice, mandé que le detuvieran y le llevarán a los tribunales.
— ¡Por una boquilla de ámbar! ¿Y si resulta inocente?
— No a mí, sino al tribunal corresponde averiguarlo.
— ¿Y te crees hombre de conciencia? Reflexiona sobre el mal que hiciste. Has llevado la perturbación, la zozobra y la amargura al seno de una familia. Has impreso en la frente del acusado y de sus hijos una mancha indeleble. Puso el Dios de la Biblia un signo en Caín para que no lo matasen; pone la justicia un signo peor en los que caen bajo su férula. Será inútil que se los manumita; los nublará eternamente la sospecha y los apartará de los otros hombres. ¡Ay de él y de los suyos si por falta de fiador entra en la cárcel! Mantenía él la lumbre del hogar, bien trabajando, bien pordioseando; deberán ahora los hijos ir mendigando para su padre y recibirán en no pocas puertas ultrajes por dádivas. Quisiste castigar al que supo-

nes ladrón y sin saberlo ni quererlo descargaste la mano en seres que ningún mal te hicieron.

— ¿Debo, pues consentir que me roben?

— Te diré lo que Cristo respecto a la mujer adúltera: castiga al que te robo si te consideras exento de pecado.

— ¡Cómo!, ¡cómo!

— Ves la paja en el ojo ajeno y no la viga en el tuyo.

— ¿Me llamas ladrón?

— Ejerciste un tiempo la abogacía. ¿Estás seguro de haber proporcionado siempre tus derechos a tu trabajo? Eres hoy labrador: ¿vendes los frutos de tu labranza por lo que cuestan?

— ¡Me ofendes! Nada tomé ni tomo contra la voluntad de su dueño.

— Lo tomaste ayer aprovechándote de la ignorancia de tus clientes y lo tomas hoy aprovechándote de la necesidad de tus compradores, como ese desdichado tomó la boquilla de ámbar aprovechándose de tu descuido.

— No castiga ni limita la ley alguna los hechos de que me acusas.

— Tienes razón: la ley no castiga al que hurta sino al que hurta o defrauda sin arte.

— Eres atrabiliario como ninguno. ¿Quién, a tu juicio, podrá decirse exento de pecado?

— Nadie; lo impide la actual organización económica. Para los hurtadores sin arte bastan los presidios; para los hurtadores con arte, no basta el mundo.

EL CUERVO

F. Pi y Arsuaga

Detuvo su vuelo el cuervo y dijo al ver cobre el terruño a un hombre que lo trabajaba:

— ¡Miren cómo labra Juan sus tierras!

— No soy Juan —exclamó el hombre, levantando la cabeza—; soy el hijo de Juan, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por segunda vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y más allá vio jinete en caballo a caballero.

— Vaya con Dios don Gil —le dijo.

— no soy don Gil —contestó el caballero—; soy el hijo de don Gil, que viene a cobrar del hijo de Juan el valor de sus tierras por segunda vez.

◘◘◘◘◘

Paso mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo al ver un hombre que sudaba sobre el terruño.

— ¡Miren como trabaja el hijo de Juan sus tierras!

— No soy el hijo de Juan —respondió el hombre, limpiándose el sudor de la frente—, sino uno de sus nietos, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por cuarta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá jinete en un caballo a un caballero.

— Vaya con Dios el hijo de don Gil —le dijo.

— No soy el hijo de don Gil —contestó el caballero—, sino su nieto, que viene a cobrar del nieto de Juan el valor de sus tierras por cuarta vez.

◘◘◘◘◘

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo, viendo a un hombre que trabajaba en el terruño:

— ¡Miren el nieto de Juan como labra sus tierras!

— No soy el nieto de Juan —respondió el hombre—, sino uno de sus biznietos, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por sexta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá jinete en un caballo a un caballero.

— Vaya con Dios el nieto de don Gil —le dijo.

— No soy el nieto de don Gil —contestó el caballero—, sino su biznieto, que viene a cobrar del biznieto de Juan el valor de sus tierras por sexta vez.

◘◘◘◘◘

Paso un siglo más.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo viendo a un hombre que, rota la azada, lloraba cerca del terruño.

— ¿Por qué llora el biznieto de Juan?

— No soy el biznieto de Juan —repuso el hombre—; soy uno de los nietos del biznieto de Juan, y el señor me ha arrojado del terruño que labraron mis antepasados, porque no he podido pagarle por centésima vez el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá jinete en un caballo, a un caballero.

— ¿Dónde va tan deprisa el biznieto de don Gil? —le dijo.

— No soy el biznieto de don Gil —contestó el caballero—; soy el nieto del biznieto de don Gil, que viene a buscar otro Juan que pague con su descendencia a mí y a los míos otras cien veces el valor de las tierras de mis antepasados.

El cuervo se alejó, y dijo graznando:

— Soy más feliz que los Juanes, porque puedo posarme libremente en la rama que se me antoja. Soy más noble que los Giles, porque no arranco los ojos de los hombres hasta que están muertos.



ESCRÚPULOS

Octavio Mirbeau

La noche pasada me encontraba profundamente dormido, cuando de pronto me despertó un gran ruido producido, al parecer, por la caída de un mueble en la pieza contigua a mi cuarto.

En aquel mismo instante el reloj dio las cuatro y el gato se puso a maullar de un modo triste.

Salté del lecho y corrí a enterarme, penetrando en la habitación que encontré alumbrada y en medio de ella un caballero muy elegante, en traje de etiqueta y condecorado, que se entretenía en llenar de objetos preciosos una magnifica maleta de cuero amarillo.

La maleta no me pertenecía, pero sí los objetos con que la llenaba, y considerando incorrecto esta proceder, me dispuse a protestar.

a pesar de que no conocía al caballero, su rostro me era familiar; tenía una de estas fisionomías correctas y muy características que hacen pensar que el que la posee debe ser miembro de un círculo.

El aspecto elegante y de buen humor de que parecía poseído, me tranquilizaron; pues debo confesar que lo que yo esperaba era encontrarme ante un horrible ladrón, contra el habría tenido que emplear actos de violencia que me son repulsivos.

Al verme, el elegante desconocido interrumpió su tarea y me dijo sonriendo con ironía bonachona:

— Dispensadme caballero, si os he despertado... No es culpa mía; tenéis unos muebles tan delicados que a la proximidad de la más ligera ganzúa caen desmayados.

Entonces me fijé en el desorden en que se encontraban los muebles: cajones abiertos, vitrinas fracturadas, un pequeño secreter, en que guardo mis alhajas de familia y los valores que poseo, lastimosamente tirado en el suelo... y en tanto me daba cuenta del pillaje, el madrugador visitante continuaba diciéndome con su voz de timbre agradable:

— ¡Qué frágiles son esos muebles! ¿Verdad? Yo creo que están atacados de la enfermedad del siglo y se sienten neurasténicos como todo el mundo...

Y lanzó una pequeña carcajada que me molestó.

— ¿A quién tengo el honor de hablar? —dije algo más tranquilo.

— ¡Dios mío! —respondió—. Mi nombre en estos momentos os causaría demasiada sorpresa... ¿No os parece mejor dejar para ocasión más oportuna la presentación, que, os confieso, a pesar de que deseo sea próxima, no me parece éste el mejor momento de hacerla y, si me lo consentís, guardaré el más riguroso incógni-

to?

— Sea, caballero. Pero esto no me explica...

— ¿Mi presencia en vuestra casa a esta hora y este desorden?

— Eso es, y os agradecería...

— ¡Cómo! ya lo creo; vuestra curiosidad es muy legitima y voy a satisfacerla en el acto; pero, perdonad, ya que vamos a hablar un momentito, sería prudente que os pusierais una bata; hace mucho frío y podéis constiparos.

— Tenéis razón. Dispensadme un minuto.

— ¡Pues no faltaba más!

Fui a mi cuarto, me puse rápidamente una bata, y al volver vi que el desconocido había intentado poner un poco de orden en el gabinete.

— No os molestéis —le dije— todo eso lo arreglara el criado mañana.

Le ofrecí un asiento y, sentándome yo también, agregué:

— Os escucho.

— Caballero, yo soy un ladrón, un ladrón de profesión... ¿lo habéis adivinado?

— ¡Sin duda alguna!

— Eso hace honor a vuestra perspicacia... Pues sí, soy un ladrón, y si he decidido abrazar esta posición social, lo he hecho después de convencido de que era la más franca, la más leal y la más honrada de todas... El robo, caballero, y digo el robo como diría el foro, la literatura, la pintura, la medicina, etc., ha sido hasta ahora una carrera desacreditada, porque la ejercían seres ignorantes, odiosos, brutales, gentes sin elegancia ni educación; pues bien, yo pretendo darle el prestigio a que tiene derecho y hacer del robo una carrera liberal y honrada. El robo es la única profesión del hombre.

No se elige una profesión, sea la que fuere, sino con el objeto de que nos permita robar, más o menos; pero, en fin, robar algo de alguien.

No quiero hablar mucho de mí.

Empecé en el comercio, pero las sucias tareas que me obligaban a desempeñar y los innobles engaños y las faltas de peso repugnaban a mi delicadeza; abandoné el comercio por la banca y ésta me disgustó también; no pude nunca acostumbrarme a emitir un papel falso de minas falsas, enriquecerme engañando a los demás, gracias a la virtud de deslumbradores prospectos y combinaciones; era empresa que rechazaba mi conciencia escrupulosa, enemiga de la mentira.

Entonces pensé en el periodismo, y necesité un mes para convencerme de que a menos de entregarse a chantajes de todo género, el periodismo no produce una peseta. Entonces pensé en la política.

Al llegar a este punto, no pude por menos que soltar la carcajada. Mi raro visitante continuó:

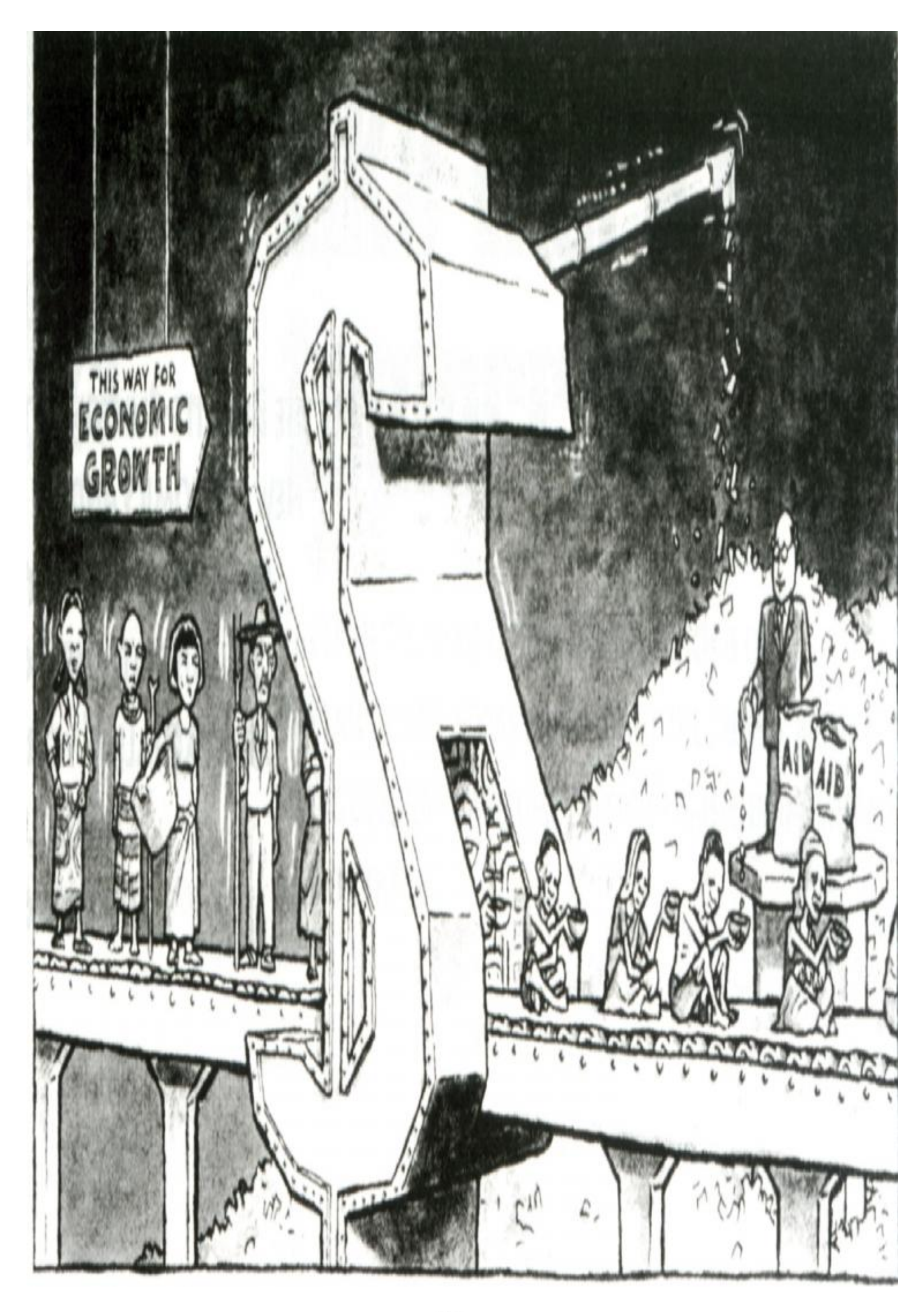
— Esto es, la risa; no merece otra cosa.

De ese modo agoté cuanto la vida pública y privada puede ofrecer en profesiones y carreras a un joven, activo, inteligente, delicado cual yo, y vi claramente que el robo, disfrácese con el nombre que se quiera, es el único objeto, el resorte único que mueve todas las actividades, pero disfrazado y, por consecuencia, más peligroso; entonces me hice la reflexión siguiente: "Ya que el hombre no puede sustraerse a esta fatal ley del robo, será mucho más honroso que lo practique lealmente y sin disfrazar con excusas pomposas ni cualidades ilusorias el natural deseo de apropiarse del bien ajeno."

Desde entonces robé; de noche penetraba en las casas ricas y tomaba de las cajas del prójimo lo que necesitaba para mis necesidades. Esto sólo me exige algunas horas todas las noches; aparte de eso, vivo como todo el mundo. Pertenezco a un círculo, tengo muy buenas relaciones, el ministro me ha condecorado recientemente y cuando doy un buen golpe soy accesible a todas las generosidades. Por último, caballero, yo hago leal y francamente lo que todo el mundo hace de un modo indirecto.

Mi conciencia está tranquila, porque, de todos los seres que conozco, soy el único que ha adaptado animosamente sus actos a sus ideas...

Era de día y ofrecí al elegante desconocido participar de mi almuerzo; pero él no acepto, porque estaba de frac y no quería molestarme con tal incorrección.


THIS WAY FOR
ECONOMIC
GROWTH
AID
AID

EL OGRO

Ricardo Mella

Cierto día llegó al pueblo, no importa cual, un hombre entrado en años, de barba hirsuta y canosa, reposado andar y severo continente.

La despierta curiosidad de las gentes indagó presto que el tal era hombre de pelo en pecho, accidentada historia y sospechosa hacienda. Cómo lo indagaron no se sabe, mas lo cierto es que en aquel mismo día formóse alrededor del presunto personaje la indispensable novela.

Y de boca en boca fueron corriendo y agrándandose las más estupendas consejas.

Establecióse el forastero en apartada senda de los arrabales: casita modesta al pie de camino pedregoso; árboles corpulentos a derecha e izquierda; perspectiva de hermosísima campiña, cerrado el horizonte por fantástica cordillera de escarpados montes.

A poco, la imaginación popular forja el antro misterioso de hechiceras inexplicables, la cueva maldita de infernales locuras enclavada en medio del mismísimo paraíso.

Vivía nuestro hombre la apacible vida del hogar; mostrábase poco en público, corto de palabra, sin dureza en el gesto, más bien rehuía que buscaba el trato de las gentes.

La curiosidad se despabilaba buscando enigmas alrededor del hombre aquel. Lastimaba a unos su continente grave, a otros su esquivez, y era para los más irritante su presencia por el solo hecho de no poder despellejarle a su antojo.

Pronto echaron de ver que el forastero no iba a misa, que andaba siempre a vueltas con librotes y papeluchos de toda índole y que el tráfago de su vida consistía solamente en oficiar de perceptor de sus hijos y pasearlos por cerros y valles sin que, ni por asomo, les inculcara los principios de la santa religión de sus mayores. Entonces la novela creció, creció prodigiosamente a merced de los inflacuentos del lugar.

Teníase por cierto que era tal hombre un endemoniado revolucionario, arrojado de todas partes, perseguido por la justicia, culpable quizá de tremendas hecatombes. Las gentes complacíanse en morderle la túnica y despedazársela hasta dejarle sin piel. Poco a poco se le negó el trato, luego el saludo y no faltó quien hiciera la señal de la cruz al pasar por la casita misteriosa. El ingenio popular bautizó al temible personaje con la expresión de sus fantásticas historietas. El ogro fue el coco de los chicos, que les hacía acurrucarse miedosos, y de las mujeres, que recelosas cerraban puertas y ventanas. Los hombres dejaban ver su cobardía a través de argucias y desplantes.

Al fin hubo que pensar seriamente qué se iba a hacer con el ogro. Las autoridades se creyeron llamadas a intervenir en el asunto y, entre mil proyectos, después de prolijas discusiones, vínose a parar la necesidad de que un sacerdote, muy versado en sabias teologías, abordase al temible desconocido y procurase o convertirle o alejarle del pueblo, para que se apaciguase la inquietud profunda de las almas piadosas.

Al curilla sabihondo le escarabajeó en el cuerpo la ambición de ganarse el aplauso de las gentes y, dando garrote al temorcillo mal oculto, allá se fue a la casa del réprobo. Cuantas veces los guijarros del camino denunciaron su miedo, no es para confesado. La sangre se le arremolinaba a la cabeza por tropezón de más o por tropezón de menos, pareciéndole que la vida huía de las extremidades. Llegó, cubierto de sudor, a las puertas del antro y, después de resoplar fuertemente, como bestia recelosa, llamó azorado, batiendo los nudillos de la diestra sobre las carcomidas maderas. La puerta se abrió y el ogro, entre cortés y sorprendido, rogó al visitante que pasara. Faltóle al cura ánimo para hacerle la señal de la cruz al traspasar los umbrales de la casa encantada y dejóse llevar, casi arrepentido de su acuerdo.

Largo y tendido charlaron el hombre y el cura. Ni una voz fuerte, ni una palabra más alta que otra. El cura, en sus últimas argucias, dijo, batiéndose en retirada:

— En fin señor, mi misión es de paz. Ruego a usted que por la tranquilidad de su alma y por la tranquilidad del pueblo, renuncie a la vida impía que lleva. Nada perderá usted por mandar a sus hijos a la iglesia, ya que no vaya usted mismo; nada perderá usted porque oigan misa y presten acatamiento a los preceptos de nuestra santa religión. Aislado en este retiro, objeto de las censuras de los vecinos, piedra de escándalo para las almas piadosa, nada puede usted ganar y todo lo tiene perdido.

Y entonces el ogro, reprimiendo trabajosamente su interior agitado, repuso:

— Señor sacerdote; cuando me habla usted en nombre de una fe, de un credo, le respeto y escucho atento como a hombre de sinceras convicciones. Discutamos, si le place. Mas cuando me habla el lenguaje de cierto disimulado utilitarismo, no puedo escucharle. No cuadran esas palabras en un hombre de fe. ¿Qué perdería, dice usted, mandando mis hijos a la iglesia, a la misa, y ordenándoles reverenciar a los preceptos de una religión en que no creo? Perdería mi dignidad, mi honor, mi conciencia. Me insulta usted, señor sacerdote. Me propone un agio con mis convicciones, con mi fe, si lo prefiere. No puedo escucharle.

Y el hombre y el cura se separaron saludándose fríamente, ofendido el uno, pesaroso el otro.

¿Qué explicación dio de su fracaso el cura?

Se confesó a medias. Había tenido que habérselas con un fanático que preten-

día la redención del mundo por la igualdad; que, parapetado en sus endiabladas ciencias, no quería oír hablar de religión ni de Dios; con un hombre ensoberbecido, poseído del mal con la satánica vanidad de una perversión inquebrantable. La conversión era, no obstante, obra de tiempo y de paciencia.

Y las gentes fueron acostumbrándose a la presencia del ogro y curiosearon también alrededor de los moritos, sus hijos. Lentamente los trazos más crudos de la novela fueron borrándose. Los niños y las mujeres olvidaban el pueril temor que les hacía encogerse de miedo. En las conversaciones de los hombres llegóse a justificar la entereza y el puritanismo del ogro. Vivía en el error, pero honradamente; era un hombre convencido, digno de respeto.

Sólo algunos mamelucos, que vivían de la política o de la religión, juraban y perjuraban que el ogro era un bandido, un hombre infame y sin entrañas, digno de las hogueras de Torquemada.

Tal vez, sin estos roedores miserables, el ogro hubiera sido totalmente rehabilitado en el pueblo.

Algunos, pocos años después, la noticia de que el ogro se moría corrió por las calles y plazuelas. La curiosidad se despabiló otra vez. Renacieron las antiguas consejas.

El médico del pueblo contaba, a quien quería oírlo, que el ogro se moría irremediablemente y que persistía en negarse a oír hablar de curas. De seguro se largaba al otro barrio tan impenitente como había vivido.

Discutíase si el cura se atrevería a intentar el último esfuerzo. Muchos aseguraban como cosa infalible una conversión completa de última hora, a las puertas de la muerte.

Pocas voces se alzaban contra estos dimes y diretes de la vecindad. La compasión no gozaba gran privanza entre aquellas gentes, que no perdonaban la extraordinaria oportunidad de desfogar su estulticia.

Y ocurrió que el cura, instigado por hipócritas y creyentes, llegó otra vez a las puertas del antro y las puertas permanecieron abiertas y el ogro, con una última expresión de bondad, rehusó los auxilios que se le ofrecían, pidiendo al hombre paz y sosiego en la suprema hora de la muerte.

— ¡Dejad que muera en paz quien en paz ha vivido! ¡Haced por mí lo que quisierais que los demás hicieren por vosotros!

Cobijado por el amor de sus hijos, expiró en paz aquel hombre singular que no había hecho mal a nadie, aquel hombre cuyo tremendo delito consistía en haber vivido de acuerdo consigo mismo, de acuerdo con su pensamiento y su conciencia.

Y su cuerpo fue sepultado en yermo campo, apartado del lugar donde descansan las almas cristianas; que los creyentes, anticipándose a los juicios del Dios que

reverenciam, echan a la fosa del odio los restos del justo.

Después de la muerte, quedo, muy quedo, un intimo sentimiento de admiración fue ganando el corazón de las gentes y otra y cien novelas se forjaron en que aquel buen ogro crecía, crecía por sus virtudes, por su saber, por su rectitud. Y el recuerdo del ogro quedó fijado para siempre en el pueblo con aquellas palabras póstumas.

— ¡Haced por mí lo que quisierais que los demás hicieran por vosotros!

EL "CENTRAL CONSUELO"

Ramiro de Maeztu

Fue aquello la explosión de un reguero de pólvora. No hizo don Antonio, el capataz de "batey", más que alzar la mano sobre el "naringonero", mozalbete que, "halando" de las narices de los bueyes, traía y llevaba las "fragatas" de caña a lo largo del conductor, y los peones de la "estera" se enderezaron, como un resorte desclavado. ¡Era ya lo inaudito! Le habían tolerado hasta los insultos, mas no los golpes, ¡por Cristo vivo!, los golpes no.

Arrojaron sobre los vagones las brazadas de caña, que debían comerse las siempre abiertas fauces de los cilindros moledores, y despreciando la gritería amenazadora y suplicante, todo a un tiempo, de los desconcertados mayorales, se desperdigaron por la casa de calderas, contagiando de su indignación a los obreros de los hornos quemadores de "bagazo" verde, a los fogoneros ennegrecidos por el carbón, a los ayudantes de mecánicos, a los trituradores de la masa cocida, a los chinos que cuidaban del vuelo vertiginoso de las "centrífugas", cedazos mágicos que extraen de la negruzca masa el grano de azúcar amarillo, que es oro de Cuba.

No valieron órdenes ni consejos de químicos y maquinistas. La prudencia de algunos tímidos abrió a toda prisa válvulas y escapes de calderas y tuberías. Fue todo. Entre los rabiosos rugidos del vapor saltando de sus jaulas y los derrames de "guarapo" hirviente, los siervos miserables de las máquinas creadoras abandonaron, coléricos, su presidio industrial.

Y ya en el batey, al resplandor magnífico de la luna cubana, estallaron todas las quejas, todos los ayes contenidos desde el comienzo de la zafra. La barbarie de los capataces era sólo el motivo de una huelga que tenía mil causas. La comida era inmunda bazofia —tasajo brujo, galleta en vez de pan, arroz seco, bacalao podrido—, buena a todo tirar para las negradas de antaño, no para hombres que se juzgan libres y han de sudarla en la mitad del día. Tampoco eran soportables las jornadas de trabajo, ¡doce mortales horas, repartidas en cuartos de a seis! ¡Imposible dormir más de cinco seguidas! ¡y doce horas arrojando caña, asándose frente a los hornos, triturando con palancas de acero la masa endurecida o aguantando el calor irresistible que despiden los "tanchos" cristalizadores de meladura y el fuego y el vapor y las tuberías y las máquinas, en aquellas volcánicas fraguas, levantadas bajo el sol de los trópicos! Y la cuestión del personal, pues los patronos, para ahorrar jornales, suprimieron al comenzar la zafra más de 40 obreros, cuya tarea caía sobre los hombros de los demás. Y luego, ¡esa tienda que les pagaba tarde y mal, obligándoles así a surtirse de sus géneros, saldos averiados de los almacenes, que vendía ganando el 6 por 1!

◘◘◘◘◘

El principal recibió atentamente a los comisionados. Ante la imposibilidad de persuadirles con frases cariñosas y promesas vagas a que reanudaran definitivamente la molienda, propuso un armisticio. Para arreglar las cuestiones de personal, relevo de mayorales y horas de trabajo, iría aquella misma noche al pueblo y, de acuerdo con sus socios, buscaría solución armónica al conflicto. Por de pronto, se mejoraría la comida y empeñaba su formal promesa de ayudar a sus trabajadores en las demandas de más peso. Y en pago de su buena voluntad rogaba a sus "buenos hijos" que liquidaran la caña del batey y el guarapo y la meladura de la casa de calderas. Trato hecho. Volvieron a la brega los obreros y jamás ingenio alguno trabajo como el "Central Consuelo" en aquellas treinta y seis horas de liquidación inusitada.

Poleas, voladoras y engranajes, aceitados meticulosamente, resbalaban sin los rechinamientos del descuido; las calderas, con el fuego necesario en los hornos, fabricaban vapor suficiente, sin los desmayos de la impotencia ni los resoplidos del exceso; no se soltaba una correa, el jugo de la caña corría sin derrames por los cauces de madera, las melazas llenaban los tanques sin rebasar ninguno, los trituradores de la masa cocida limpiaban sus herramientas sobre los "mezcladores", cuidaba la chinería de las centrifugas de sacar en su punto los granos dorados, pesaban los envasadores los sacos en el fiel, y el químico, un francés que sin éxito había ensayado todas sus alquimias para aumentar el rendimiento sacarino de la caña, preguntábase maravillado qué ingrediente era satisfacción de los obreros, que mejoraba en tantos grados la cantidad y calidad del azúcar de aquella jornada.

Liquidados batey y casa de calderas, reunieronse los huelguistas en los talleres de reparaciones. Venían limpios, en traje de fiesta y estaban contentos. La comida mejoraba, los capataces medían las palabras, el principal telefoneó desde el pueblo anunciando un arreglo y su llegada en el tren de la tarde. Todo presagiaba que iba a hacerse justicia a sus quejas.

¡Y era de ver la alegría del triunfo legítimo impresa en los rostros! ¡Y eran admirables chinos y criollos, negros y españoles bromeando juntos, en fraternal espíritu que borraba los odios de raza! Lo que el Zanjón no logró nunca, lo alcanzaba, sin proponérselo, la comunidad de aspiraciones y esperanzas. La eterna enemiga del nacimiento desaparecía en un arranque de obrera solidaridad.

En el hondo silencio de las máquinas muertas armosé loca zambra. Lavanderas de africana sangre y operarios criollos bailaban la "muñeira" alrededor de la fragua llameante, entonaban los españoles décimas guajiras, los chinos diminutos danzaban, como gorilas, al son furioso de los tangos cubanos, trepaban por las ruedas inmóviles los más sensatos y daban el compás los odiosos martillos, repiqueteando sobre los yunques...

... Se oyó el galopar de un caballo. Y el jinete, obrero que, aprovechando la improvisada fiesta, hubo de visitar el pueblo, gritó sin desmontarse, la voz enronquecida por el cólera:

— ¡La que nos espera! Nos han engañado... Hoy vendrá el amo, pero con 200 hombres que nos "botarán" a la calle y una compañía de soldados para zurrarnos si nos "reviramos".

No lo querían creer. ¡Era imposible! ¡Si tenían la palabra del amo! ¡Vamos, será una broma!... Y al cerciorarse de que hablaba en serio y al escuchar los nombres de algunos que vendrían a suplantarles, aquella multitud de pobres entusiastas soñadores se desplomó abatida. No era sino demasiado cierto. ¡Cuantos hambrientos se reúnen para cada pedazo de pan negro! ¿Cómo luchar contra una gente que tiene todo el pan? Era la derrota definitiva. Y ahora a cargar sobre el hombro la hamaca y la ropa y a correr los caminos, de ingenio en ingenio, de poblado en poblado, ofreciendo la mercancía del trabajo, la más preciosa y la más despreciada, la que enriquece al señor que la compra, la que esclaviza al desgraciado que la vende.

Todo moría en aquel montón de humanos seres; entusiasmo, energía, voluntad. La angustia cerraba las bocas, quizás iban a surgir las disputas mezquinas por el salario. Pero Mamerta, la negra que hacía un minuto bailó española danza alrededor de la fragua, tuvo su inspiración. Agarró con las manos rojos tizones de carbón y los lanzó sobre un montón de serrín y de virutas.

— ¡Valiente quien me siga! dijo. Siguieron diez segundos de vacilación; los diez segundos de las grandes resoluciones... y fue ¡un delirio! Doscientos hombres, ebrios de venganza, endemoniados, locos, disputándose las brasas de la nueva hoguera, hacinaron troncos y vigas arrancadas a martillazos y se desparramaron furiosamente por la casa de calderas, llevando el incendio de los montones de madera a los barriles de aceite y de pintura, de los talleres a las viviendas.

Cuando la fábrica soberbia es pasto de las llamas purificadoras, la jauría de siervos, ennoblecidos por la "revuelta", se esparce por los cañaverales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja rociada de petróleo.

... Allá va la "candela". La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarrayas y linderos, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

... Y cuando los silbatos de cien ingenios llaman en horrísono gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisase a lo lejos el tren que conduce a los descalzos rompehuelgas y a los soldados guardadores del orden, del poderoso "Central Consuelo", amasijo de tantos sudores, no queda más que cenizas y escombros en la tierra y en el cielo nubes de humo que se disuelven y disipan.

... Y allá en el apeadero, Mamerta la negra, quemadas las ropas e hinchado el

pellejo, baila macabra danza a los dueños que se apean, consternados, e increpan aullando a los obreros haraposos:

— ¡Cochinos! ¡Esclavos!

Y señalándoles los rescoldos humeantes:

— ¡Alquilones! ¡Allí tenéis trabajo!

LA PREHISTORIA

J. Martínez Ruiz (Azorín)

Estamos en el comienzo del comienzo. (WELLS)

— Buenos días, querido maestro. ¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

— Ya lo está usted viendo; siempre en mi taller, enfrascado en mi grande obra.

— ¿Habla usted de esa obra magna, admirable, que todos esperamos: La prehistoria?

— En efecto; en ella estoy ocupado en estos momentos. Ya poco falta para que la dé por terminada definitivamente.

— ¿Habrá usted llegado acaso a los linderos de las épocas modernas, históricas?

— Acabo, sí señor, de poner los últimos trazos a mi descripción del período de la electricidad.

— ¿Será un interesante período ese de la electricidad?

— Es el último estado de la evolución del hombre primitivo; ya desde aquí comienza la profunda transformación que los historiadores conocen, es decir, comienza la era del verdadero hombre civilizado.

— Perfectamente, querido maestro. Y ¿ha logrado usted muchas noticias de este oscuro y misterioso período?

— He logrado, ante todo, determinar cómo vivían estos seres extraños que nos han precedido a nosotros en el usufructo del planeta. Sé, por ejemplo, de una manera positiva que estos seres vivían reunidos, amontonados, apretados en aglomeraciones de viviendas que, al parecer, se designaban con el nombre de ciudades.

— Es verdaderamente curioso, extraordinario lo que usted me cuenta. Y ¿cómo podían vivir estos seres en esas aglomeraciones de viviendas? ¿Cómo podían respirar, moverse, bañarse en el sol, gozar del silencio, sentir la sensación exquisita de la soledad? Y ¿cómo eran esas viviendas? ¿Eran todas iguales? ¿Las hacían diversas, cada cual a su capricho?

— No; estas casas no eran todas iguales; eran diferentes; unas mayores, otras más chicas; otras molestas, angostas.

— ¿Ha dicho usted, querido maestro, que unas eran angostas, molestas? Y dígame usted, ¿cómo podía ser esto? ¿Cómo podía haber seres que tuviesen el gusto de habitar en viviendas molestas, estrechas, antihigiénicas?

— Ellos no tenían este capricho; pero les forzaban a vivir de este modo las circunstancias del medio social en que se movían.

— No comprendo nada de lo que quiere decirme.

— Quiero decir que en las épocas primitivas había unos seres que disponían de

todos los medios de vivir, y otros, en cambio, que no disponían de estos medios.

— Es interesante, extraño, lo que usted dice. ¿Por qué motivos estos seres no disponían de medios?

— Estos seres eran los que entonces se llamaban pobres.

— ¡ Pobres! ¡Que palabra tan curiosa! Y ¿qué hacían esos pobres?

— Esos pobres trabajaban

— ¿Esos pobres trabajaban? Y si trabajaban esos pobres, ¿Cómo no tenían medios de vida? ¿Cómo eran ellos los que vivían en las casas chiquitas?

— Esos pobres trabajaban; pero no era por cuenta propia.

— ¿Cómo, querido maestro, se puede trabajar si no es por cuenta propia? No le entiendo a usted; explíqueme usted esto.

— Quiero decir, que estos seres que no tenían medios de vida, con objeto de allegarse la subsistencia diaria se reunían a trabajar en unos edificios que, según he averiguado, llevaban el título de fábricas.

— Y ¿qué iban ganando con reunirse en esas fábricas?

— Allí todos los días les daban un jornal.

— ¿Dice usted jornal? ¡Será éste algún vocablo de la época!

— Jornal es, efectivamente, una palabra cuya significación hoy no comprendemos: jornal era un cierto número de monedas, que diariamente se les adjudicaba por su trabajo.

— Un momento, querido maestro; perdóneme usted otra vez. He oído que ha dicho usted monedas. ¿Qué es esto de monedas?

— Monedas eran pedazos de metal redondos.

— ¿Para qué eran estos pedazos de metal redondos?

— Estos pedazos, entregándolos al poseedor de una cosa, este poseedor entregaba la cosa.

— Y este poseedor, ¿no entregaba las cosas si no se le daba estos pedazos de metal?

— Parece ser que, en efecto, no las entregaba.

— ¡Eran unos seres extraños estos poseedores! ¿Y para que querían ellos estos pedazos de metal?

— Parecer ser también que cuantos más pedazos de éstos se tenía era mejor.

— ¿Era mejor? ¿Por qué? ¿Es que estos pedazos no los podía tener todo el que los quisiera?

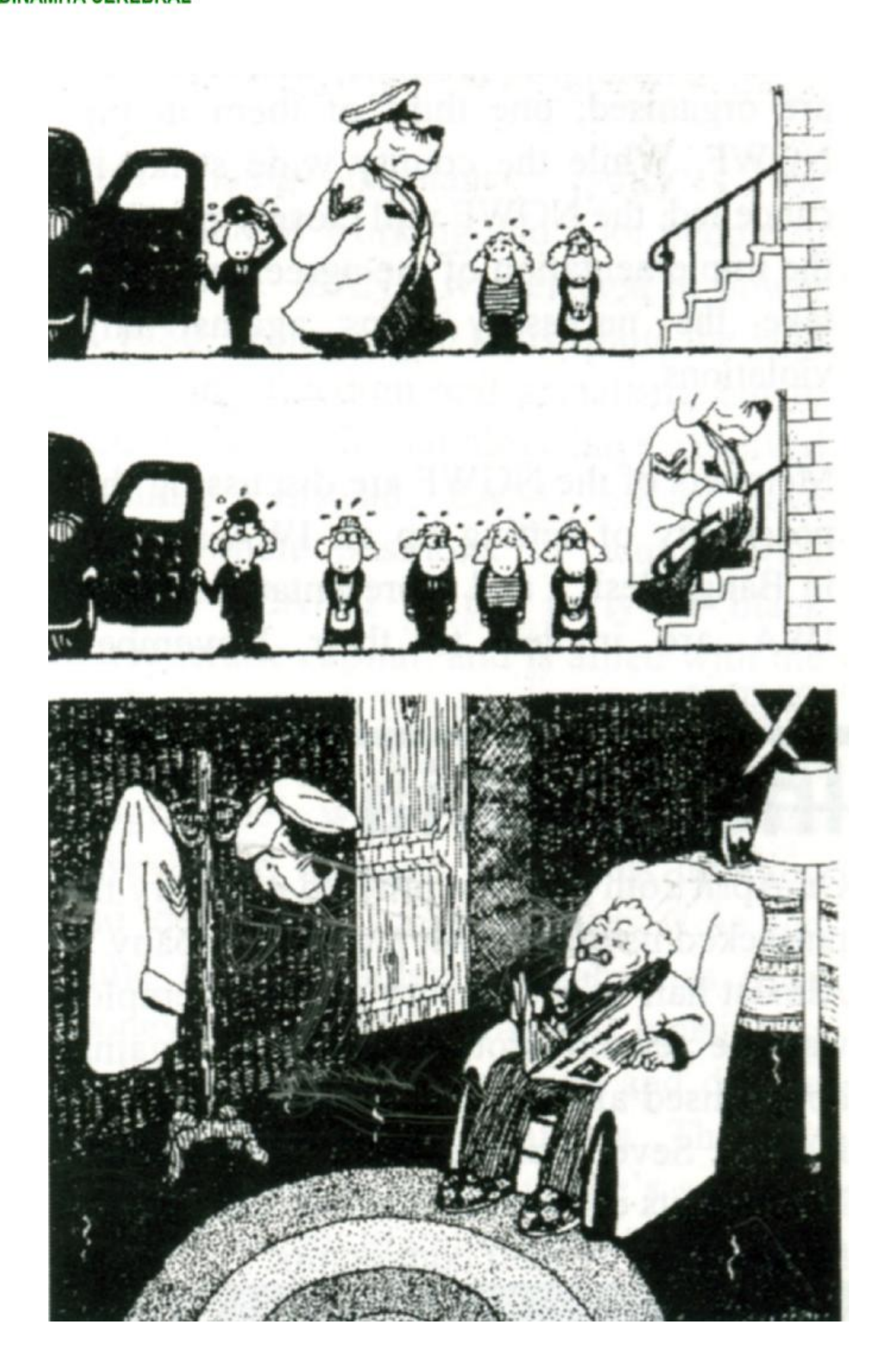
— No, no podían tenerlos todos.

— ¿Por qué motivos?

— Porque el que los tomaba sin ser suyos era encerrado en una cosa que llamaban cárcel.

— ¡Cárcel! ¿Qué significa esto de cárcel?

— Cárcel era un edificio donde metían a unos seres que hacían lo que los demás no querían que hiciesen.
— ¿Y por qué se dejaban ellos meter allí?
— No tenían otro remedio: había otros seres con fusiles que les obligaban a ello.
— ¿He oído mal? ¿Es fusiles lo que acaba usted de decir?
— He dicho, si señor, fusiles.
— ¿Qué es esto de fusiles?
— Fusiles eran unas armas de que iban provistos algunos seres.
— ¿Y con que objeto llevaban los fusiles?
— Para matar a los demás hombres en las guerras.
— ¡Para matar a los demás hombres! Esto es enorme, colosal, querido maestro. ¿Se mataban los hombres unos con otros?
— Se mataban los hombres unos con otros.
— ¿Puedo creerlo? ¿Es cierto?
— Es cierto; le doy a usted mi palabra de honor.
— Me vuelve usted a dejar estupefacto, maravillado, querido maestro. No sé qué es lo que usted trata de regalarme con sus últimas palabras.
— ¿He hablado del honor?
— Ha hablado usted del honor.
— Perdone usted; esta es mi obsesión actual; éste es el punto flaco de mi libro; ésta es mi profunda contrariedad. He repetido instintivamente una palabra que he visto desparramada con profusión en los documentos de la época y cuyo sentido no he llegado a alcanzar. Le he explicado a usted lo que eran las ciudades, los pobres, las fábricas, el jornal, las monedas, la cárcel y los fusiles; pero no puedo explicarle a usted lo que era el honor.
— Tal vez ésta era la cosa que más locuras y disparates hacía cometer a los hombres.
— Es posible...



LA JUSTICIA

Carlos Malato

En Dorcitat pudo convencerse bien el pequeño León de que su amigo no había exagerado cuando hablaba de la república. Le basto para ello asistir una sola vez a una audiencia del tribunal, donde le condujo Estanislao, porque esas audiencias eran públicas, y muchos desocupados, que no podían pagarse un asiento en el teatro, asistían allí y se hacían la cuenta de que viendo juzgar tenían comedia de balde.

Era la primera vez que el niño penetraba en un pretorio, y después de haber franqueado la puerta, guardada por un matador de profesión, porque desgraciadamente se encuentran aún por todas partes, se vio en una sala bastante espaciosa llena de curiosos. A un lado, sentado en un banco, entre dos guardianes armados, se hallaba un obrero de miserable aspecto. En el fondo, detrás de una especie de mostrador, se hallaban tres hombres sentados, vestidos con negras vestiduras; el de en medio tenía la barba blanca y en el pecho ostentaba una cinta roja; los otros dos tenían patillas negras.

— ¿Qué son esos? ¿Son curas, o mujeres barbudas? preguntó León.

— No, respondió Estanislao. Son jueces; hombres como los matadores profesionales, los verdugos o los polizontes, que el sexo masculino tiene el honroso privilegio de suministrar. Visten casi como los curas, a los cuales se parecen por sus costumbres y sus funciones, con la diferencia de que los curas condenan o absuelven para una vida futura, en nombre de un dios imaginario, mientras que los jueces condenan en la vida presente, en nombre de un libro estúpido y bárbaro llamado Código.

— ¿Quién ha escrito ese libro?

— ¿Quién? Conquistadores, emperadores, reyes, amos, gobernando por el derecho del más fuerte o por la astucia. Es decir, malhechores públicos. Ello es lo que han escrito o hecho escribir por sus servidores. Pero escucha.

El presidente, es decir, el hombre sentado en medio, mandó con voz glacial al obrero sentado entre los guardianes que se levantara; le preguntó su nombre, edad, estado, profesión y domicilio. Cuando el interrogado hubo contestado con voz sorda, el juez añadió:

— A usted se le acusa de haber dormido sobre un banco en la calle Pueblo Soberano, debiendo saber que la vagancia está prohibida. ¿Qué tiene que exponer en su defensa?

— Sencillamente que no tengo domicilio. Mi casero me ha echado de la casa y me he visto obligado a dormir en la calle.

— ¿Y por qué ha echado a usted el casero a la calle?

— Porque no podía pagarle.
— ¿Por qué no podía usted pagarle?
— Porque no tenía trabajo.
— Además, se acusa a usted de haber injuriado al agente que le ha detenido.
— Usted dirá si podía yo estar contento de verme arrancado al sueño, mi único consuelo, y llevado a la prevención como un malhechor, después de haber trabajado honradamente toda mi vida.
— El tribunal apreciará.
El presidente se inclina hacia los otros dos jueces, sus asesores; consulta con ellos un instante, y dice:
— Seis días de prisión... ¡Otro!
— He ahí, murmuró Estanislao, al oído de León, una cosa que hará brotar en el corazón de ese pobre obrero un poco de odio contra el régimen social.
Al segundo procesado, que entró por una puerta lateral para sentarse también entre los guardianes, se le inculpaba de haberse hecho servir una comida en un restaurant y de haber dicho luego al dueño: "Ahora hágame usted prender, si quiere, porque no tengo un céntimo para pagar".
— ¿Por qué hizo usted eso? preguntó el juez.
— Porque tenía necesidad de comer, como la tiene todo hombre, y consideré que era preferible eso a atacar al primero que se presentase al volver una esquina pidiéndole la bolsa o la vida.
— Cuatro días de prisión y veinte pesetas de multa, sentenció el presidente.
Tocó en seguida el turno a otro procesado de género diferente; era un hombre bien vestido, sentado, no entre los guardianes, sino en la primera fila de los asistentes, quien declaró su nombre, Víctor Mast, y su cualidad, contratista de obras.
— Señor, le dijo el juez empleando por primera vez este calificativo; a usted se le acusa de haber roto el bastón sobre las costillas de un obrero que reclamaba su jornal. A petición suya se le ha citado a usted.
— Señor juez, respondió el acusado; ese obrero es un tunante que quería robarme y me amenazó con la justicia. Por lo demás mi abogado explicará el asunto mejor que yo puedo hacerlo.
Y aquel patrón, que si no era muy elocuente era astuto y tenía dinero de sobra para poder pagarse un abogado hábil, se sentó, dejando a su defensor explicar el asunto a su manera, quien declaró que Víctor Mast, viendo a su obrero hacer ademán de pegarle, se consideró en el caso de legitima defensa. El tribunal, en su alta sabiduría, apreciará los hechos y no excitará la rebeldía de los obreros contra los patronos.
Los jueces acogieron aquel discurso por signos apenas perceptibles de aprobación. El público homenaje tributado a su sabiduría fue de su agrado, por lo que el

contratista fue absuelto y el obrero condenado en costas.

— Esto, dijo Estanislao a su amigo de modo que lo pudieran oír los que se hallaban cerca, enseñará a ese obrero a hacerse justicia por sí mismo, en vez de implorarla a los magistrados. ¿No has visto y oído bastante?

— ¡Oh, sí; vámonos! Creo que me pondría malo si permaneciéramos más tiempo en esta casa abominable. Este es el Palacio de la Injustica y no el de la Justicia.

Salieron de aquella casa del crimen, donde unos hombres, vestidos de una manera particular para imponer respeto, condenan con imponente solemnidad a desgraciados, víctimas de la sociedad, y absuelven a los explotadores.

Una vez fuera respiraron con satisfacción el aire libre.

León, profundamente impresionado por lo que había visto y oído, permanecía silencioso; la melancolía se reflejaba en su rostro.

— ¿En qué piensas? le preguntó su compañero.

— En lo que llaman justicia, respondió el niño. ¿Qué es la justicia? ¿Existe?

Estanislao permaneció un instante silencioso: buscaba las palabras más apropiadas para hacer comprender su pensamiento a aquel niño de nueve años.

— La justicia no es una especie de divinidad reparadora y vengadora del mal, como se la imaginan todavía muchos individuos influidos por la enseñanza religiosa; es sencillamente el equilibrio, la armonía o la concordancia de los intereses.

En la sociedad presente todos los intereses, el del patrón y el del obrero, el del vendedor y el del comprador, el del gobernante y el del gobernado están en contradicción y en luchas perpetuas; en tales condiciones la justicia no puede existir y no puede pedirse ciertamente a los jueces, defensores del orden de cosas actual.

Por el contrario, en una sociedad en que todo sea de todos, los individuos tendrán el mismo interés en producir y no podrá haber conflictos entre gentes que trabajen y gentes que hagan trabajar por su beneficio exclusivamente personal. Cuando la propiedad individual desaparezca, desaparecerán con ella una multitud de males y de crímenes. ¿No es mejor impedirlos que castigarlos?

Del mismo modo, la eliminación de la autoridad hará desaparecer también la opresión de los unos, el cobarde servilismo de los otros, los odios, las rebeldías sangrientas, las guerras. No habrá indudablemente la perfección absoluta, porque entre los seres humanos hay diferencias de temperamento y de gustos, como hay también enfermedades que producen desarreglos del entendimiento y de la voluntad que causan actos perjudiciales, pero los que las padezcan serán una ínfima excepción, y como no tendrán fuerza para imponerse a toda la sociedad, como lo hacen actualmente los gobernantes y los capitalistas, todo quedará reducido a ponerlos fuera de estado de causar daño. En lugar de matarlos o de martirizarlos, se les cuidará como inválidos o como enfermos y se procurará su curación.

He ahí el concepto que nosotros tenemos de la justicia. Ya ves que no tiene nada de común con la de los magistrados.

— Efectivamente, respondió León.

¿SERÁ ETERNA LA INJUSTICIA?

Anselmo Lorenzo

Pedro, Juan y Andrés nacieron en un mismo año y en un mismo pueblo.

Pedro era hijo del usurero en jefe de la comarca, Juan de un pobre gañán y Andrés del mayor contribuyente por territorial de aquel vecindario.

A los diez años los tres chiquillos iban a la escuela, y no importándoles nada las diferencias sociales que les separaban, juntos se entregaban a las ingenuas alegrías de la infancia.

Ocho años después, Pedro estudiaba teología en un seminario, Juan trabajaba en la herrería del pueblo y Andrés, graduado de bachiller, había empezado el estudio del derecho en la universidad.

A los veinticinco años, en un mismo día, Pedro canta misa, Juan perora en un mitin socialista y Andrés se presenta como candidato en una reunión electoral.

A los cincuenta años Pedro es obispo, Juan presidiario y Andrés ministro.

Pedro encubrió su ambición bajo la capa de la humildad y, a fuerza de servilismo, astucia y constancia, llegó a colocarse en una vacante episcopal.

Juan, trabajador, buen compañero y padre de familia, fomentaba la ilustración entre los suyos; lo que le atrajo el odio burgués y un proceso fundado en una calumnia le despojó del honor y le privó de libertad.

Andrés, excelente retórico, despreocupado adorador del éxito y aprovechado adulador del cacique dominante, fue periodista, diputado y gobernador y, ascendiendo debidamente, elevóse a ministro.

La usura y la usurpación dieron a pedro y a Andrés posición social privilegiada, en la cual vivieron honrados, tranquilos y satisfechos, lo que da alta idea de la eficacia moralizadora de aquella terrible amenaza repetida sin cesar durante diez y nueve siglos: "¿qué aprovecha al hombre si granjease todo el mundo y se pierde él a sí mismo?" o de fe que tienen los creyentes en estas palabras del Maestro: "cualquiera de vosotros que no renuncie a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo."

En cambio el pobre Juan, heredero de la miseria paterna, desheredado del patrimonio universal, partícipe de la desgracia común a todos los que viven sin alcanzar el nivel social del derecho, deshonrado y víctima de la explotación y de la usura, se hunde en la desesperación y el desconsuelo, siendo la negación en carne y hueso de esta señal dad por Cristo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvieseis amor los unos a los otros."

Y la injusticia no se detiene ante la tumba: Pedro y Andrés, en posesión durante su vida de ese despojo de los pobres que llaman fortuna, rodeados de atenciones y cuidados, tuvieron buena vejez, y por si de veras hay un dios a quien engañan

con hipocresías, tomaron los sacramentos a última hora y, pensando piadosamente, estarán en la gloria oyendo la música celestial; pero Juan, que protestó toda su vida contra la iniquidad triunfante y mandó a paseo al cura que ante la muerte le pedía la complicidad de la resignación...

Tranquilízate, lector, no supongas a Juan en el infierno; su vida es una de tantas que, a semejanza de tenue copo de nieve, forma aquel potente y vigoroso alud revolucionario que un día aplastará esa sociedad infame que formaron los malos para explotar a los pobres.

COLOQUIO CON LA VIDA

Máximo Gorki

Estaban ante la Vida dos hombres, que eran otras tantas víctimas suyas.

— ¿Qué me queréis? —les preguntó.

Uno de ellos contestó con voz lenta:

Me rebelo ante la crueldad de tus contradicciones; mi espíritu se esfuerza en vano por penetrar el sentido de la existencia y mi alma está invadida por las tinieblas de la duda. Sin embargo, la razón me dice que el hombre es el ser más perfecto del mundo...

— ¿Qué reclamas? —interrumpió impasible la Vida.

— Quiero la dicha... Y para poder realizarla, es preciso que concilies los dos principios opuestos que comparten mi alma, poniendo de apoyo mi "yo quiero" con tu "tú debes".

— No tienes nada que desear sino aquello que debes hacer por mi —contestó la Vida con dureza.

— No, yo no puedo desear ser tu víctima. ¿por qué yo quisiera dominarte, estoy condenado a vivir bajo el yugo de tus leyes?

— Modera tu énfasis —le dijo el que estaba más cerca de la Vida. Pero, sin fijarse en sus palabras, el otro prosiguió:

— Yo quiero tener el derecho de vivir en armonía con mis aspiraciones. No quiero ser hermano ni esclavo de mi prójimo por deber; seré su hermano o su esclavo a mi gusto, obedeciendo a mi voluntad. Yo no quiero que la sociedad disponga de mí como de una piedra inerte que ayuda a edificar las prisiones de su ventura. Soy hombre, soy alma, soy espíritu y debo ser libre.

— Espera —dijo la vida con una sonrisa helada—. Has hablado lo bastante y ya sé todo lo que podrías añadir. ¡Pides tu libertad! ¿Por qué no la ganas? ¡Lucha conmigo! ¡Vénceme! Hazte mi señor, y yo seré tu esclava. No sabes con qué tranquilidad me someto siempre a los triunfadores. ¡Pero es necesario vencer! ¿Te sientes capaz de luchar conmigo para librarte de tu servidumbre? ¿Estás seguro del triunfo? ¿Confías en tu fuerza?

Y el hombre contestó:

— Me has arrastrado a un conflicto interior con mi propio yo; has afilado mi juicio, que a la manera de una hoja mortífera, se hunde en lo más profundo de mi ser, aniquilándolo.

— Háblale con más valor, no te quejes —observó su compañero.

Pero el otro continuó:

— ¡Ah, si la tiranía me concediese una tregua! Dejadme gozar de la dicha.

La Vida volvió a sonreír con su sonrisa de hielo.

— Dime: al dirigirte a mí, ¿exiges o pides una gracia?

— Pido una gracia —contestó el hombre como un eco.

— Imploras como un mendigo de solemnidad; pero has de saber, pobre hombre, que la Vida no da limosnas. Has de saber que un ser libre no pide nada; se apodera por sí mismo de mis dones... Tú no eres más que el esclavo de mi voluntad. Sólo es libre aquel que sabe renunciar a todos los deseos para dedicarse enteramente a conseguir el fin elegido. ¿Has comprendido? Márchate.

El hombre había comprendido y se tendió, como un perro dócil, a los pies de la Vida, para recoger humildemente las migajas de su festín.

Entonces las miradas de la Vida se dirigieron dulces hacia aquel que no había hablado aún y cuyas facciones estaban llanas de bondad.

— ¿Qué pides?

— No pido nada; exijo...

— ¿Qué exiges?

— ¿Dónde está la justicia? Dámela. Más tarde sabré conseguirlo todo... Por el momento sólo quiero la justicia. He esperado mucho tiempo con paciencia, con razones, sin el menor descanso. He esperado... pero llegó la hora. ¿Dónde está la justicia?...

— Tómatela —contestó la Vida impasible.

LA JUSTICIERA

Bernard Lazare

Un día que la reina Berta supo que sus jueces vendían la justicia, se entristeció profundamente. Era una mujer de sentimientos elevados y corazón sensible, capaz de sentir los dolores de sus semejantes. El difunto rey, su esposo, fue un déspota fanático y sanguinario, un amo feroz, brutal; por lo que ella resolvió consagrar la existencia a hacer la felicidad de sus súbditos, con objeto de que éstos olvidaran las tiranías del anterior soberano, y al propio tiempo satisfacer una necesidad de su corazón.

Cuando conoció las iniquidades de sus magistrados, se sintió desesperada. Pensó en las innumerables víctimas que habrían hecho y se estremeció al pensar que ella había contribuido a fomentar tanto mal. Sin embargo, la reina revistió siempre de armiño y púrpura a hombres de reconocida virtud, viejos austeros y jóvenes enemigos del vicio, cuya benevolencia debía atemperar la rudeza de los rígidos antecesores. Todos habían faltado a su misión, poniéndose del lado de los ricos, no escuchando las quejas del pobre, despojando al miserable de su viña. Escuchando el relato de tanto crimen, la reina lloró, como el día que le revelaron la maldad de su esposo. La desesperación llegó hasta el delirio, pues desconfió de la bondad e integridad de sus jueces, hasta creer imposible que la justicia pudiera hacerse con hombres tan refinadamente perversos.

Desde entonces, la reina resolvió ser ella la justiciera; consolaría a los desgraciados en sus cuitas; distribuiría recompensas y castigos. Como su reino no era grande, podía cumplir, ella sola, la loable tarea que se había impuesto, y viajando por montes y valles, constantemente escuchaba los lamentos de los desgraciados, los sollozos de los humildes. Era complaciente y benévola con los infelices, pero inflexible con los que atentaran al bienestar de los demás.

Una mañana llegó a un pueblo, en el que no había estado nunca, situado en el fondo de un valle solitario, rodeado por el circo verdoso de feraces montes, en un paisaje tranquilo, de opulenta alegría. Cuando bajaba por el camino, serpenteando la falda del monte, las casas del pueblo aparecían como islas en medio de un océano dorado de hermosas mieses que, agitadas por el viento, producían ondulaciones y murmullos de apacible encanto. La reina quedó admirada al contemplar tan grandioso espectáculo, y su regocijo fue inmenso pensando que en aquel rincón de su reino, en tan ameno y poético país, todos debían ser felices.

Las gentes del pueblo salieron a recibirla, y colocándola en una litera, previo su consentimiento, la llevaron a la plaza, frente a la iglesia, donde habían construido, con maderas, una especie de tribuna, adornada con ricas telas y hermosas flores. Después de obsequiarla con manjares y frutas, un heraldo, desde el trono improvi-

sado, sonó tres toques de corneta, cuyos ecos repercutieron en el valle, y luego invitó a todos los que tuviesen agravios o quejas que exponer que se dirigiesen a la reina. Muchos llegaron hasta ella; hombres y mujeres, gentes de fino cutis y cuyas caras rebosaban satisfacción; vestían elegantemente trajes de rica tela. Todos se quejaban de recíprocas usurpaciones y la voz de cada uno adquiría una rudeza sorprendente cuando decían: "mi campo", "mis frutos". Inútilmente la reino intentó conciliar los intereses de todos, nada pudo conseguir.

La visible aspereza de los tenaces señores la disgustó mucho y sólo se consoló al pensar que ninguno de ellos había cometido crímenes ni malas acciones. Iba a retirarse cuando reparó que, por en medio de la multitud, un hombre, con mano vigorosa, empujaba a un desgraciado haraposo, delgado, lívido, que todos a su paso saludaban con golpes e insultos. Cuando llegó al regio tribunal, los soldados de la escolta lo cogieron y separaron del escandalizado populacho, al que la reina preguntó en alta voz cuál era el crien del sujeto a quien todos tan malamente trataban.

A esta pregunta sucedió inmediatamente un espantoso clamor; todos avanzaron hacia el trono, y a un mismo tiempo pusiéronse a hablar. El que acababan de arrastrar hasta el trono no vivía, desde hacía muchos años ha, más que de rapiñas y robos audaces. "Habita en el fondo de un monte lejano, en una choza solitaria; por las noches asalta los muros de nuestros corrales, saquea nuestros gallineros, ordeña nuestras vacas y diezma nuestros frutos. El mismo que le ha llevado hasta aquí acababa de sorprenderlo segando en uno de sus campos."

— ¿Por qué tomas lo que no te pertenece? —le preguntó severamente la reina—. ¿No sabes que en nuestra religión y en nuestras leyes está escrito: "No robarás"?

Iba a contestar el desgraciado, pero al ver las miradas amenazadoras de los que le rodeaban, alzó los hombros indiferente y la reina Berta no pudo conseguir del acusado ni una palabra de defensa. Entonces ella creyó ver en el haraposo un ser obstinado en el mal y decidió condenarlo a tres meses de calabozo. Después, como nadie se presentara, se levantó la audiencia y tras algunas horas de reposo la justiciera continuó su marcha.

Tres meses después, al volver hacia la capital del reino, Berta quiso pasar nuevamente por el valle de la abundancia. Era por la tarde, y al bajar la pendiente del monte la reina oyó clamores lejanos, gritos de amenaza, ira, desesperación y rabia, y al llegar a un pequeño llano que dominaba la villa, vio a lo lejos un gentío inmenso que gritaba desaforadamente, persiguiendo a un hombre casi desnudo. La noche se aproximaba, y al subir el fugitivo y sus perseguidores a la cumbre de una pequeña colina, a la luz de los últimos rayos del sol, la reina vio que la multitud iba armada de guadañas, hachas y hoces, que agitaban furiosamente.

Cuando los más ligeros y tenaces perseguidores seguían de muy cerca al fugiti-

vo, tropezó éste y cayó a los pies de un caballo de los del regio cortejo y los soldados avanzaron a contener la frenética muchedumbre. Aproximóse Berta al extenuado y andrajoso fugitivo y al fijarse en él lo conoció; era el ladrón que tres meses antes había condenado. Entonces ordenó que le levantaran y dirigiéndose a sus perseguidores les preguntó sobre la nueva fechoría que había cometido aquel miserable; el griterío fue tal, que nadie pudo oír lo que la multitud vociferaba. Iba a repetir la pregunta, cuando oyó detrás de ella estas palabras:

— ¿Preguntas cuál es el crimen de este hombre? Pues el de haber sufrido tu justicia.

La reina se volvió y vio que el que hablaba era un viejo pastor de aspecto tosco, con barba hirsuta, canosa y tez tostada por el sol; con algo de desdén le dijo:

— Explícate, buen hombre.

— Con muchísimo gusto, reina; escúchame. Este hombre, por orden tuya, fue encerrado en un calabozo: durante tres meses ha sufrido la sombría tristeza del lóbrego antro, el martirio de la falta de libertad; el dolor de estar separado de sus seres queridos. Ayer tarde, cuando los carceleros le abrieron la puerta, corrió como lobo herido hacia su choza y en ella encontró su mujer y su hijo muertos de hambre, porque durante su encierro nadie se había ocupado de socorrerlos. Entonces, el furor enloqueció a este desgraciado; y esta mañana, cuando el sol acariciaba al mundo prodigándole luz y calor, ha asesinado al que le llevó hasta tu tribunal. He ahí por qué esas gentes le persiguen; he aquí por qué te piden su muerte.

La reina sintió que el llanto oprimía su pecho y murmuró como si hablara consigo misma.

— ¡Luego yo no hice justicia!

El viejo pastor la oyó y dijo:

— Nadie puede administrar justicia a otro y tú menos que nadie, reina; tú no tienes ningún derecho a ser justiciera, puesto que contribuyes a perpetuar el mal.

— ¿Yo? —preguntó con viveza.

— Sí, tú, porque tú eres la autoridad. ¿No eres tú quien defiende a los poseedores de la riqueza, la que protege a los opulentos que te rodean, a los detentadores de la tierra, gentes todas para quienes el pobre es un eterno enemigo? ¿No te has regocijado al contemplar la prosperidad de este país? Sin embargo, dejaste de pensar, cuando te presentaron a este desgraciado, cuyo crimen consistía en querer vivir, que toda esta riqueza sólo sirve para unos cuantos y le castigaste diciéndole que nadie tenía derecho a apoderarse del bienestar de los demás. No te preguntaste en virtud de qué anomalía social había un vagabundo, un desheredado en este valle de la abundancia, y le condenaste porque había querido comer. Tu justicia debe estar satisfecha porque ha causado la muerte a tres seres.

La reina bajó la cabeza, abatida, humillada; sus lágrimas afluyeron con abundancia. Entonces comprendió la vanidad e impotencia de su justicia y se convenció de que mientras hubiese pobres y ricos, lo que se llama justicia no sería otra cosa que la defensa inicua y cruel de los segundos y la desgracia y abominación de los primeros; pensó que su poder sostenía todo eso tan bárbaro, y silenciosamente echó pie a tierra, abrazó al desgraciado, cuyo cuerpo desnudo temblaba por el frio de la tarde, y en voz baja le pidió perdón, mientras que el viejo pastor meneaba la cabeza diciendo: "A buena hora."

UN CUENTO DE AÑO NUEVO

Anatole France

Horteur, el fundador de la Etoile, el director político y literario de la Revue Nationa y del Nouveau Siècle Ilustré, habiéndome recibido en su gabinete, repantigado en su silla dictatorial, me dijo:

— Mi buen Marteau, hazme un cuento para el número extraordinario de Nouveau Siècle. Trescientas líneas con ocasión del "año nuevo". Alguna cosa viviente, con cierto perfume aristocrático.

Contesté a Horteur que yo no podría hacerlo como él quería, pero que de buena gana le escribiría un cuento.

— Me gustaría, dijo, que se titulase: Cuento para los ricos.

— Yo preferiría titularlo: Cuento para los pobres.

— Es lo mismo. Un cuento que inspire a los ricos piedad para los pobres.

— Es que precisamente no me gusta que los ricos tengan piedad de los pobres.

— ¡Bravo!

— No bravo, sino científico. Creo que la piedad del rico hacia el pobre es injuriosa y contraria a la fraternidad humana. Si queréis que hable a los ricos, yo les diré: "Ahorrad a los pobres vuestra piedad; para nada les sirve. ¿Por qué la piedad y no la justicia? Estáis en deuda con ellos; saldad vuestra cuenta. Esta no es cuestión de sentimiento; es una cuestión económica. Si lo que le dais graciosamente es para prolongar su pobreza y vuestra riqueza, ese don es inicuo y las légrimas que mezcléis no le harán más equitativo. Hay que restituir, como decía el procurador al juez después del sermón del hermano Maillard. Vosotros hacéis limosna para no restituir. Dais un poco para guardar mucho, y os felicitáis por ello. Así el tirano de Samos arrojó su anillo al mar. Pero la Némesis de los dioses no recibió la ofrenda. Un pescador devolvió al tirano su anillo dentro del vientre de un pescado. Y Polycrato fue despojado de todas sus riquezas."

— Estáis bromeando.

— No bromeo. Quiero hacer comprender a los ricos que son benéficos con descuento y generosos de conveniencia, que entretienen al acreedor y que no es así como se hacen los negocios. Es un aviso que puede serles útil.

— Y queréis meter semejantes ideas en el Nouveau Siècle para acreditarlo. ¡Nada de esto, amigo mío, nada de esto!

— ¿Por qué queréis que el rico proceda con el pobre de otro modo que con los ricos y los poderosos? Les paga lo que les debe, y si nada les debe, nada les paga. Esta es la probidad. Si es honrado, que haga lo mismo con los pobres. Yo no creo que lo piense ni un solo rico. Las incertidumbres comienzan al tratar de la extensión de la deuda, que no se tiene prisa por solventar. Se prefiere permanecer en la duda. Se sabe que se debe, no se sabe lo que se debe, y se entrega de cuan-

do en cuando una pequeñez a cuenta. Esto se llama la beneficencia; y es muy ventajoso.

— Pero lo que decís no tiene sentido común, mi querido colaborador. Yo tal vez soy más socialista que vos; pero soy práctico. Suprimir un sufrimiento, prolongar una existencia, reparar una pequeña parte de las injusticias sociales, ya es un resultado. El poco bien que se hace, hecho queda. No es todo, pero es algo. Si el cuentecito que os pido enternece a un centenar de mis ricos suscritores y les dispone a dar, esto se habrá ganado contra el mal y contra el sufrimiento. Así, poco a poco, se hace soportable la condición de los pobres.

— ¿Acaso es bueno que la condición de los pobres sea soportable? La pobreza es indispensable a la riqueza; la riqueza es necesaria a la pobreza. Estos dos males se engendran el uno al otro y se sostienen el uno por el otro. No se ha de mejorar la condición de los pobres; hay que suprimirla. Yo no induciré a los ricos a que den limosna, porque su limosna está envenenada, porque la limosna beneficia al que la da y daña al que la recibe, y porque, en fin, la riqueza, siendo por sí misma dura y cruel, no debe revestir la apariencia engañosa de la dulzura. Si queréis que escriba un cuento para los ricos, yo les diré: "Vuestros pobres son vuestros perros a quienes alimentáis para morder. Los socorridos son para los poseedores una jauría que ladra a los proletarios. Los ricos no dan sino a los que piden. Los trabajadores nada piden; por lo tanto nada reciben."

— Pero, ¿los huérfanos, los enfermos, los ancianos?...

— Tienen derecho a vivir. Para ellos no excitaría la piedad, sino invocaría el derecho.

— ¡Todo esto son teorías! Volvamos a la realidad. Me escribiréis un cuentecito con ocasión del año nuevo y podréis meter en él un poco de socialismo. El socialismo está en moda. Es una elegancia. No hablo del socialismo de Guesde, ni de Jaurés; sino del buen socialismo que la gente de mundo opone, con intención e ingenio, al colectivismo. Ha de haber en vuestro cuento figuras jóvenes. Se publicará con ilustraciones y la gente gusta de las láminas que representan asuntos agradables. Poned en escena una muchacha joven y hermosa. Esto no es difícil.

— Efectivamente, no es difícil.

— ¿No podríais también introducir en el cuento un muchacho deshollinador? Tengo una ilustración a propósito, un grabado en colores que representa una linda joven que da limosna a un pequeño deshollinador en las escalinatas de la Magdalena. Sería una ocasión de utilizarlo... Hace frío, nieva; la linda señorita socorre al muchacho... ¿Os hacéis cargo?

— Comprendo perfectamente.

— Vos haríais priores sobre este tema.

— Lo haré. El pequeño deshollinador, en un transporte de agradecimiento, se

arroja al cuello de la linda señorita, que resulta ser la propia hija del señor conde de Linotte. Le da un beso e imprime sobre la mejilla de la graciosa criatura una pequeña O de hollín, una hermosa O redonda y negra. La ama. Edma (porque ella se llama Edma) no se muestra insensible a un sentimiento tan sincero y tan ingenuo... Me parece que la idea es sugestiva.

— Si... con esto podríais hacer algo.

— Me animáis a continuar... De vuelta en su morada suntuosa del bulevar Malesherbes, Edma experimenta por primera vez repugnancia al lavarse, quisiera guardar sobre su mejilla la huella de los labios que en ella se posaron. Entre tanto, el chiquillo la ha seguido hasta la puerta y ha quedado en éxtasis bajo las ventanas de la encantadora muchacha.. ¿Va bien así?

— Bueno... Sí.

— Pues prosigo. A la mañana siguiente, Edma, acostada en su camita blanca, ve salir de la chimenea de su cuarto al pequeño deshollinador, que se arroja ingenuamente sobre la deliciosa niña y la cubre de redondas O de hollín. He olvidado deciros que él es maravillosamente bello. La condesa de Linotte le sorprende en esa dulce tarea. Grita, llama. Se halla él tan ocupado que ni la ve ni la oye.

— Mi querido Marteau...

— Se halla él tan ocupado que ni la ve ni la oye. Acude el conde, que tiene espíritu caballeresco, y coge al muchacho por los fondillos del pantalón, que es lo que ve primero, y le tira por la ventana.

— Mi querido Marteau...

— Abreviaré... Nueve meses después, el pequeño deshollinador casaba con la noble señorita. No había tiempo que perder. He aquí las consecuencias de una caridad bien practicada.

— Mi querido Marteau, ¿os habéis burlado bastante de mí?

— No lo creáis. Voy a terminar. Casado con la señorita de Linotte, el pequeño deshollinador llegó a ser conde pontificio y se arruinó en las carreras. Hoy día es fumista en la calle de la Gaîté, en Montparnasse. Su mujer despacha en la tienda y vende calentadores, a 18 francos, pagaderos en ocho meses.

— Mi querido Marteau, esto no tiene nada de divertido.

— Atended, mi querido Horteur. Lo que os acabo de contar es, en el fondo, La Caída de un Angel, de Lamartine, y Eloa de Alfredo de Vigny. En todo caso, vale más que vuestras historietas lacrimosas que hacen creer a las gentes que son muy buenas, cuando no son buenas; que obran bien, cuando no obran bien; que es fácil ser bienechores, cuando es la cosa más difícil del mundo. Mi cuento es moral. Además es optimista y acaba bien. Porque Edma encuentra en la tienda de la calle Gaîté la felicidad que hubiera buscado en vano en las diversiones y en las fiestas, de haberse casado con un diplomático o un oficial... Mi querido director,

respondedme: ¿queréis mi cuento Edma o la caridad bien practicada para el Nouveau Siècle Ilustre?

— ¿Es que me lo proponéis seriamente...?

— Os lo propongo seriamente. Si no lo queréis, yo lo publicare en otra parte.

— ¿Dónde?

— En un periódico burgués.

— No creo que os lo admitan.

— Pues ya lo veréis.

IN VINO VERITAS

José Prat

La cena terminó a las dos de la madrugada. No en íntimo, en imprevisto consorcio solamente, hazaña de la casualidad, aquel vis-a-vis, embarazoso al principio, fue gradualmente animándose al compás del tintineo de las llenas copas y al calor de los suculentos manjares.

Al terminarla, el rojo zumo de la uva, apurado alegremente, había pasado a las mejillas y hecho desaparecer la timidez, convertida ya en bravío atrevimiento.

El medianejo champagne espumaba en el cerebro. Este huía ya a intervalos, se escapaba entontecido de la craneana cárcel, estrecha cuando el vino retoza.

El café no había podido ¡qué había de poder! disipar los vaporosos celajes que en la imaginación flotaban, a medias descubriendo horizontes extraños y desconocidos.

Y luego, la miajita del turbulento alcohol, el humo del cigarro que vela la escena, la carcajada intempestiva, el chiste que cosquillea en el oído, todo junto, eran agravantes momentáneamente risueños, motivos, preludios de escenas no calculadas.

No era aún la borrachera, pero sí la alegría provocada.

En la calle el frío debía ser tremendo, a juzgar por el arropamiento de los presurosos, escasos transeúntes. Nosotros no lo sentíamos siquiera. El calor desarrollado en el estómago comunicábase a la epidermis, desafiando la temperatura vibrátil en la sangre y en los nervios.

Nuestras carcajadas retumbaban estruendosamente en el silencioso paseo. Los pies no pisaban muy firmes, que digamos; pero regíanse aún lo suficiente para no tambalear.

Mi media personalidad que quedaba buscaba a la otra mitad abandonada en la mesa del restaurant y en este su empeño sólo tropezar lograba con lo desconocido que llevaba de bracete.

Lo desconocido era la incógnita del arroyo. El algo doloroso que se vislumbra un momento y luego lo olvida el hastío.

El dolor reía bajo la máscara de colorete. La seriedad se había convertido en chispeante tontez.

y ambos de bracete caminaban inseguros en perseguimiento de la bestialidad, dorada entonces por el deseo irreflexivo.

A cada paso que daban, aumentaba la distancia que los separaba, acortada entonces por el nivel que provocó el bíblico tambaleo de Noé.

Finido el camino veíase al lupanar convertido en muslímico harem.

Y en el harem que miseria improvisada fue a dar de bruces mi media personali-

dad. La otra mitad preparaba entretanto una jugarreta maliciosa, amoscada por el abandono en que le tenía, mientras la fiebre desnudaba a la Venus creada por la maldad pagana y la civilización católica.

El medio yo iba a actuar de celebrante en el altar de aquella divinidad nada mitológica, ofreciéndola el ósculo de la lascivia, cuando, al estallido de éste, hete ahí que se presenta de improviso mi otra mitad y cambia el ídolo al pedestal.

Echéme atrás horrorizado, convulsivo. Frío sudor de muerte goteaba en mi frente. El vacío golpeaba en mis sienes con el martillo de la lógica.

¿Fue la razón que vislumbra o fue el vino que la anubla? El acaso, ¿había tomado tal vez forma concreta? No puedo decirlo con palabra que pinte gráficamente aquel mi estado de ánimo.

Mi hermana, mi propia hermana, carne de mi carne, recuerdo de mis infantiles juegos, parte de mi ser, estaba allí inmóvil y sonriente, con la inmovilidad del cadáver, con la sonrisa del dolor, ofreciéndose a mi fiebre.

No hablaba, no me conocía; extraña a mi presencia, flotaba en sus azules ojos la resignación de las víctima; la atrofia, producto de una serie de morales y materiales caídas, reflejaba en su mirada la sombría tristeza de la eterna noche oscura.

Tuve miedo y quise huir, pero no podía. El terror había hecho brotar raíces en mis pies, parecidos a losas de plomo.

De mi garganta se escapaban quejidos de abatimiento. Yo intentaba traducirlos en palabras de conmiseración y simpatía, pero en vano. ¡Qué pesadilla!

Tras unos minutos que pareciéronme siglos, llamar pude en mi auxilio a la voluntad tardía y arrancarme, con esfuerzo de naufrago, de aquel sitio.

Recuerdo que mis vestidos se me antojaban mortajas al endosarlos de nuevo. Mortajas que produjeron sonidos metálicos, notas argentinas que subían del suelo a mis oídos, ruidos siniestros que me persiguieron largo rato.

Pude llegar a mi casa en medio de la torrencial lluvia que helaba aún más mi terror, monologando durante todo el camino, como si me hubiese vuelto loco, palabras incoherentes entre las cuales se destacaban las de ¡mi hermana! ¡hermana mía! ¡víctima inocente! ¡malditos!...

Después, quedéme dormido con la pesada somnolencia de la marmota.

A la mañana siguiente, el sol lucía en la atmósfera todas sus ígneas galas, todos sus matices, desde el rojo sangre hasta el tenue carmín que colorea en las níveas mejillas de la doncella.

Sólo faltaba, en aquella paleta de un solo color, el rojo del zumbante vino.

Pero en mis oídos aún repercutía el ¡hermana y víctima! siniestro del final de aquella orgía.

LA CASA VIEJA

F. Domela Nieuwenhuis

En cierta calle de cierta ciudad había una casa tan vieja que amenazaba derrumbarse, en cuyo caso muchas familias que la habitaban hubieran quedado sepultadas bajo las ruinas.

El propietario era un avaro y no le inquietaba el estado de su finca, por más que viera el peligro que corrían los vecinos; pero, en cambio, era muy severo en exigir la puntualidad en el pago de los alquileres.

La mayor parte de los inquilinos eran personas sencillas, buenas, demasiado ingenuas.

Cuando oían crujir los muros o veían caer alguna piedra —signo precursor de próxima ruina— se decían que esto no significaba gran cosa y que todo quedaría largo tiempo de igual modo; además, el propietario refería que siempre había estado así.

Sin embargo, el peligro amenazaba cada vez más. Se descubrió que la sola avaricia del propietario era la causa del mal estado en que se hallaba la casa y algunos vecinos que murmuraban fueron desahuciados por vía de justicia.

Puede decirse que no pasaba día sin que ocurriese algún accidente, a veces bastante serio.

Aumentaba el número de los murmuradores; pero el propietario era un mal hombre. Maliciosamente sembró entre sus inquilinos la desconfianza y la división, de tal modo que las disputas y querellas vinieron a ser lo esencial y fue olvidada la causa principal, o sea la ruina de la casa.

El propietario se reía de la estupidez de sus inquilinos.

Cada día la casa se hacía más vieja y ruinosa. Alguno tuvo el valor de exigir reparaciones.

El propietario tuvo miedo. Los inquilinos pagaban sus alquileres como antes, pero ya no eran sumisos. Buscó todavía el medio de calmarles. Prometió todo lo que quisieron y no hizo nada.

Al fin, uno de los inquilinos reunió a los demás y les dijo: "La casa que habitamos es una casa desgraciada; todos los días somos víctimas de dolorosos accidentes; alguno de nosotros ya ha llevado al padre, la madre, el hermano, la hermana, el hijo o el amigo al cementerio. La causa de todos estos accidentes es el propietario, el cual sólo piensa en los alquileres y no en los inquilinos. ¿Debe esto durar mucho tiempo? ¿Seremos siempre tan necios para soportarlo? ¿Continuaremos enriqueciendo a ese avaro arriesgando a cada instante nuestra vida?". Muchos respondieron en alta voz: "¡No, no, basta!". "Pues bien", continuó el organizador de la reunión, "escuchadme...". Y expuso que se debía exigir al propietario la demolición de la

de una nueva, más moderna y que respondiese mejor a los principios de la higiene, porque ya era inútil toda reforma en el viejo caserón.

Muchos juraron no descansar hasta que la casa fuese demolida y se hizo una activa propaganda por esta idea. Desgraciadamente, les faltaba el talento de la palabra y del escrito.

No faltaron vecinos de casas próximas que ofrecieron sus servicios, puesto que conocían el arte de hablar y de escribir.

Se consideraron felices con esta oferta algunos de los interesados. Eran los ingenuos, que olvidaban pronto y con facilidad. Otros, por el contrario, recordaron que ya en otros casos algunas personas habían ofrecido sus servicios, pero que nada habían hecho. "Sed prudentes, decían a los vecinos, ¿cómo queréis que un hombre que habita en una casa sólida y bien arreglada, que no conoce los peligros y la condición de una casa ruinosa, pueda representar nuestros intereses?".

Nada quisieron escuchar. Los señores que habitaban buenas y sólidas casas obtuvieron la representación de los habitantes de la casa vieja visitaron al propietario y, a pesar de su talento oratorio, no consiguieron ningún resultado. Indujeron entonces a sus representados a que enviasen al propietario un número mayor de representantes.

Como el propietario era rico, fueron muchos los que se disputaron el honor de ser nombrados representantes, para ir a visitarle. "Mirad", parecía que andaban diciendo por la población los ambiciosos satisfechos que iban a visitar al propietario, "nosotros estamos en relaciones con este gran rico".

Desde entonces, raramente se presentó la cuestión: "¿Cuáles son las mejoras que hay necesidad?". Y muchas veces esta otra: "¿Cuáles personas representarán los intereses de los inquilinos?".

La disputa continúa siempre. Los inquilinos habitan siempre la casa vieja, cada día más ruinosa, más peligrosa, y el propietario se ríe tranquilamente de la ingenuidad de los que continúan pagándole alquileres y enriqueciéndole.

◘◘◘◘◘

La casa es la sociedad actual. El propietario es la burguesía, la clase poderosa. Los inquilinos son los proletarios.

Está ruinosa la casa y debe ser demolida. La burguesía no tiene corazón. Los proletarios están embrutecidos bajo su dominio.

La lucha por la representación de los intereses desvía del verdadero objeto que se persigue. No es un cambio de personas lo que importa, sino el cambio de la sociedad entera, en su conjunto y en sus partes. Ninguno puede garantizar que un hombre será mejor que los otros, porque cada hombre es el producto de las circunstancias y del ambiente que lo circunda. No se respira aire sano en una atmósfera pestilente.

No queremos que el esclavo venga a ser amo y el amo esclavo, porque sería un cambio de personas y no de sistema. Cuando los que ahora están abajo subiesen mañana a lo alto y los que están en lo alto descendiesen abajo ¿habría acaso cambiado algo seriamente o se habría conseguido útilmente alguna ventaja?

La venganza pertenece a los dioses; los hombres deben mostrar que son superiores, preparando un ambiente en que será destruido todo lo que es bajo e innoble.

Los que causan el hambre, los satisfechos no nos comprenden; viven al lado de los hambrientos, con los no satisfechos, pero los unos ignoran cómo viven los otros. Son como dos naciones en un mismo país. Cuando un hambriento llega a ser burgués satisfecho, resulta peor que los ricos de nacimiento. Por lo tanto, el proletariado no debe poner sus intereses en manos de representantes burgueses, ni de representantes obreros que se hacen burgueses luego. Crear un ambiente de paz y de bienestar para todos, éste es el verdadero socialismo.

si vivir es un lujo...



...okupar es un derecho

EL ASUNTO BARBIZETTE

Jacobo Constant

Ciertamente, señor abogado, yo rindo un sincero homenaje a las cualidades oratorias que harían de vos una de las ilustraciones del Foro, si no pusieseis con demasiada frecuencia vuestro talento al servicio de teorías detestables.

— Veo, señor Fiscal, que no perdonáis mi defensa de ese pobre Barbizette.

— Es vuestro oficio, señor abogado, poneros enfrente del ministerio público. Sin embargo, confieso que toda la Sala vio con asombro la vehemencia con que me habéis combatido. Vuestro discurso nos ha confundido tanto más cuanto que la causa era poco interesante y los debates tenían lugar entre nosotros, a puerta cerrada.

— He hablado con mi alma y mi conciencia.

— No lo dudo y es lo que siento. ¡Ah! vos también os dejáis corromper por el espíritu del siglo. Pertenecéis a esa nueva escuela de magistrados que olvidan las sanas tradiciones de la justicia para obedecer a no sé qué ilusiones humanitarias. Los sofismas sobre que establecéis vuestra doctrina son más peligrosos para la sociedad que las bombas anarquistas. Porque, en fin, si pretendéis un atenuante, un paliativo, bajo pretexto de que la mayor parte de ellas provienen más de la fatalidad que pesa sobre el culpable que de la maldad de la intención, la Justicia pierde el derecho de castigar y tendrá que volver a la vaina la espada inútil. Los tribunales y las cárceles pueden cerrar sus puertas...

Cuando se halló en su gabinete y hubo cambiado la toga majestuosa por el vulgar chaquet, el señor fiscal Letourmois hinchó su voz y soltó grandilocuentes períodos como si se hallase en el recinto del pretorio.

Satisfecho de su elocuencia, acarició con gesto familiar sus cortas patillas grises y afirmó sobre su nariz borbónica, adornada con una verruga, los lentes que se habían deslizado.

Una sonrisa irónica animó el rostro del abogado Briard.

— Sin embargo, el Código mismo admite que por la intención se juzga la culpabilidad. Ahora bien, ¿esta intención malvada existe cuando resulta del examen de los hechos que la infracción cometida ha tenido por causa determinante o la falta de discernimiento moral, o una necesidad más imperiosa que todo razonamiento y que toda retentiva, o una pasión más violenta que la voluntad del culpable? Es lo que he tratado de demostrar en mi defensa de Barbizette. En el fondo, no es por completo el repugnante personaje, el innoble sátiro que vos pintasteis. Es un desgraciado que no ha sabido resistir a sus instintos. Si le hubieseis visto después del juicio, aplastado, lamentable, sacudido por profundos sollozos, dándose cuenta sólo entonces de la gravedad de su caso, os habríais llenado de piedad.

— El terror del castigo trae tardía explosión de los remordimientos.

— No son remordimientos... Es la desesperación del impotente cogido entre las ruedas de una fatalidad inexorable. Veamos, haced abstracción, por un instante, de vuestra personalidad y probad de poneros en lugar del llamado Barbizette, con toda su mentalidad falsa y su ignorancia...

La enormidad de la hipótesis hizo saltar al señor Letournois.

— ¿Cómo queréis que yo adquiera el estado de espíritu de un padre desnaturalizado que viola a su hija?

— Resumamos los hechos... Barbizette enviudó hace años. Su hija se educó lejos, en casa de los abuelos. El vivió solo y triste como un oso en su cubil. Reparad que está todavía en toda la fuerza de la edad. Sin embargo, su conducta es ejemplar; no tiene querida; sacrifica raras veces en los altares de la Venus callejera. Un día entra en su casa esa gran muchacha rubia, con ojos de terciopelo, cuyos diez y seis años parecen veinte y sus costumbres ya algo más que ligeras. Cada mañana —tenemos testigos fehacientes— María Barbizette se pasea casi desnuda por la habitación de su padre y procede a sus abluciones, a su toilette, a la vista del acusado. Una noche el deseo sexual es más fuerte que las vagas nociones morales que pueda haber en el cerebro rudimentario de Barbizette. Se ha cumplido lo irreparable.

— ¿Creéis que la víctima haya consentido sin violencia?

— ¡Pardiez! Si ella ha negado luego es porque los caritativos vecinos que avisaron a la policía le inspiraron el terror de la cárcel. Después, como no es tonta, ha comprendido que su calidad de víctima le granjea simpatías; en fin, los interrogatorios fueron llevados de tal suerte que el sentido de las respuestas es invariable...

◘◘◘◘◘

Al quedar solo, el señor fiscal sacudió la cabeza con disgusto, a la vez que secaba los cristales empañados de sus lentes. Las teorías del señor Briard le habían siempre parecido exageradas y subversivas, pero era inaudito que osase excusar un crimen que la Ley, la Religión y la Moral de acuerdo revisten de una infamia particular.

Ese inmundo Barbizette había confesado; el tribunal había sentenciado; era justo que el criminal expiase su crimen.

Por otra parte, ¿qué importa el sufrimiento y la desesperación de un individuo, en comparación con los intereses sagrados de la sociedad que exige la estricta aplicación de las leyes?

Sumergido en estos austeros pensamientos, el señor Letournois olvidaba una cita. El triple tintineo del reloj le llamó a la realidad.

— ¡Y Rosalía que me está esperando!

Rosalía era una modistilla rubia, de ojos azules, aire ingenuo, talle fino y espléndidas caderas. Para nadie era un secreto que el señor fiscal no era feliz en su casa. Así es que, dejando en el Palacio de Justicia la gravedad profesional, buscaba afuera amables compensaciones. Era parroquiano de una casa clandestina de apariencia digna y severa, donde expertas matronas atraían para los clientes escogidas jóvenes obreras, cansadas de un trabajo poco remunerado, y pequeñas burguesas prácticas.

El señor Letournois, habiendo admirado por la ciudad a la elegante modistilla, encargó a "madame Eleonore" que solicitase los favores de la hermosa muchacha.

La destreza de aquella mujer y una generosidad bien entendida triunfaron fácilmente de los escrúpulos de Rosalía y aquel día mismo acababa de aceptar "poner su capital en acciones".

Cuando el señor Letournois entró en la habitación que le habían reservado, sufrió un deslumbramiento. Vestida con un deshabillé lujoso prestado por la casa, la carne rubia entre vaporosos encajes, Rosalía era aún más bella de lo que él había imaginado.

Por más que la voz del deseo hablaba ya muy alto, el señor fiscal, temiendo siempre el chantaje, no olvido sus habitudes de prudencia, sin dejar de acariciar con sus patillas grises las mal veladas redondeces. A fin de abrirse el apetito, interrogó a la joven sobre su vida, sus padres, sus antecedentes.

Pensando en los próximos goces, cuando de pronto nombre patronímico, una fecha de nacimiento, varios detalles le emocionaron. Lejanos recuerdos se despertaron en su memoria y en ella tomaron vida sucesos de mucho tiempo olvidados.

— Entonces, ¿usted es la hija de Pierrette Riverend?

Pierrette Riverend era modista en Poitiers en la época en que el señor Letournois, estudiante imberbe, cursaba sus estudios en la Facultad de Derecho. Reducido a una mísera pensión por un padre avaro, se aburría mucho en aquella vieja ciudad en que los muros rezumaban tristeza; el joven se consideraba dichoso con el amor tierno y desinteresado de Pierrette. El idilio duró dos años hasta que se descubrió que estaba embarazada. En aquellos días el señor Letournois había terminado victoriosamente los ejercicios del doctorado y no le quedaba ninguna excusa para continuar en Poitiers. Por otra parte, esos amores de grisetas y estudiantes son siempre efímeros y no se consideran uniones serias.

No había vuelto a oír hablar de su antigua querida y por la misma Rosalía supo el viaje de Pierrette a París, sus tristes noches en el hospital de la Maternidad y, algunos años más tarde, su muerte a consecuencia de un catarro descuidado que degeneró en tuberculosis.

A pesar del disgusto que le causaba este descubrimiento, el fiscal se veía obligado a rendirse a la evidencia. Rosalía era su hija y el incesto pesaba sobre sus ca-

bezas como la espada de Damocles. Una anterior vergüenza turbó la limpidez de la conciencia del magistrado. Entonces pensó en las palabras del señor Briard y reflexionó que tal vez había sido algo duro en su requisitoria contra Barbizette. En verdad que, después de todo, el caso no era el mismo, porque, al fin, nadie más que Letournois conocería jamás la verdad, mientras que Barbizette daba su estupro en espectáculo a toda la ciudad. Lo que la sociedad debe castigar sobre todo es el escándalo.

Claras llamaradas se elevaban en la chimenea, un delicado perfume de heliotropo blanco y de violeta flotaba en la habitación... la muchacha sonreía con sus pequeños blancos dientes.

El señor Fiscal olvidóse de la Sociedad, de la Moral, de la Ley, del Universo entero.

MATRIMONIOS

Julio Camba

Estaban frente a frente, recostados en sendas butacas, al píe del balcón medio entronado.

Caía la tarde con serenidad augusta. La habitación iba llenándose de sombras y el silencio de los dos cónyuges se hacía más hostil a medida que las sombras avanzaban.

Imponíase una explicación.

— ¿De manera —dijo él— que yo soy uno de tantos?

Ella calló.

— Contesta.

Ella permaneció callada, con el mismo silencio inquietante de las sombras que la envolvían.

De pronto se irguió en un arranque de soberbia.

— Sí...

Recorrió la habitación, pisoteando el suelo, como si quisiera aplastar algo contra él.

— Sí... —volvió a decir—. Eres uno de tantos. Nada más que uno de tantos.

Y cerrando el balcón tornó a sentarse en la butaca, serena, decidida, como aguardando la respuesta del esposo.

— Pero... tú estás loca, hija mía, irremisiblemente loca —exclamó él.

Ella soltó una carcajada y cambió de postura. En la sombra, el marido sólo veía la fosforescencia de sus ojos, aquella extraña fosforescencia que le hacía temblar.

Así estuvieron un rato, esperando ella, esperando también él.

Por fin, él se decidió; arrastró su butaca hasta unirla a la de su esposa; agarró a ésta por las muñecas y exclamó:

— Yo soy tu marido ¡sabes? Tu marido.

Ella volvió a reírse, con risa nerviosa que explotó en el silencio como una protesta.

— ¿Y qué?

La indignación del hombre llegó a su grado máximo-

— ¿Y qué? Que yo soy tu amo; entiéndelo bien, ¡tu amo! Que tú eres mía, sólo mía, y que no puedes entregarte a otro. Lo que vienes haciendo desde que nos casamos te cubriría la cara de vergüenza si fueras una mujer honrada.

Ella respondió tranquila:

— No lo soy.

— ¿No lo eres?

— No lo soy.

Y luego, con ira, repuso:

— Tú tienes la culpa.

Se levantó, sentándose inmediatamente.

Estaba furiosa como una gata encerrada.

— Tú tienes la culpa. Yo no te quería a ti. Quería a otro que no era rico. Lo quería tal como era, pobre y defectuoso. Tal vez lo quería por defectuoso y por pobre, que el amor se siente y no se razona. Mi cuerpo y mi alma le hubiera dado al comprender que esto pudiera alegrar un solo instante de su vida. Mi cuerpo, limpio de todo amor carnal. Mi alma, que ningún deseo había maculado.

Tú me compraste, halagando, con tus riquezas, el egoísmo de los que mandaban en mí. Nos casamos. La primera noche gocé contigo la satisfacción de todos mis anhelos. Pero yo no te veía a ti en aquellos instantes. Lo veía a él. Su recuerdo era lo que espiritualizaba el placer carnal que yo sentía, impidiéndome desfallecer de náuseas entre tus brazos. Después...

El acerco sus labios a los de ella, como si quisiera absorber sus palabras antes que las pronunciase.

— ¿Después?

Después me diste asco, amigo mío, igual que antes, igual que ahora...

— ¡Infame! —gritó él.

— Es inútil que grites. No me harán efecto las injurias que me puedas dirigir. Además, el momento no es a propósito para declamaciones teatrales. Y luego ¡te pones tan ridículo cuando te irritas!... Tu indignación es altamente cómica, amigo mío; es una indignación como la del asno apaleado.

El se apretaba los puños, iracundo.

Ella siguió:

— Me diste asco y sentí vergüenza de mi debilidad. Ya que no podía unirme con mi hombre, entreguéme a todos los hombres que tuve a mi lado. Así conseguí dignificarme en cierto modo ante mí misma. El gozar libremente, aunque no fuese gozar verdadero amor, indemnizábame del gozar obligado, contigo que se me había impuesto. He ahí la clave del enigma. ¿Te satisface?

El levantó un puño amenazante. En seguida se dejó caer sobre la butaca, oprimiendo la cabeza entre las manos.

— ¡Mi nombre! —sollozaba—. ¡Mi nombre manchado así, por una mujer indigna!...

— ¿Tu nombre? Pobre nombre tuyo, cuya limpieza depende de mí. Todos sois iguales. Cifráis vuestra honradez en la honradez de vuestras mujeres. Bien se conoce que la honradez es una palabra huera, hecha por vosotros a vuestro antojo.

Callaron.

De la calle subían murmullos alegres, que hacían pensar en una humanidad feliz. Y el murmullo de felicidad que emergía de la calle indignaba a aquel pobre hombre, incapaz de sentir más placer que el suyo.

Con voz ronca, murmuró de improviso:

— ¡Pobre de mí!

Ella sonrió.

— ¡Pobre de ti! Has bebido el placer en todas las copas. Te has ido con todas las mujeres que te han gustado. Y me reprochas a mí por haber hecho lo mismo con los hombres que más me placieron. Si no fueras un imbécil, te diría que eres un canalla.

Sonó el timbre de la habitación. Abrióse la puerta y apareció un lacayo:

— ¡Señoritos!... El señor Fernández.

— ¡Ah! ¿Está ahí Fernández? Que pase —dijo el marido.

Y encendió la luz.

— Con que solitos ¡eh? ¿Pero que deliciosa la vida de ustedes! —dijo Fernández cuando hubo entrado.

— No muy opulenta; pero, por lo menos, no somos como esos matrimonios que se tiran a todas horas los trastos a la cabeza.

— Lo mismo digo yo —replicó Fernández un burgués de redondeado abdomen.

Y para sus adentros:

— Si éstos supieran...



JESUCRISTO EN FORNOS

Julio Burell

Bajaba hasta la calle, como catarata de la orgía, el estruendo de aquella dorada locura que allá en lo alto, en el confortable rincón del restaurant de moda, se anegaba en champagne y se ahitaba de besos, de trufas y de ostras.

— ¡Que la Peri dé cuatro pataítas sobre la mesa!... Que Lucy baile Gorito Sardona el pas a quatre —gritaban como energúmenos los jóvenes alegres.

Y mientras Polito estampaba con sus labios borrachos un cómico beso sobre la frente de Matilde, y mientras Malibrán pasaba su brazo por el talle de Susana, la voz del viejo Cisneros dejóse oír formidable y terrible:

— Hijos míos —exclamó, adoptando actitudes tribunicias— sois unos sinvergüenzas; no valéis para nada: viejo y todo, estoy seguro de que estas nobles damas me encuentran más guapo y más fuerte que vosotros...

Un aplauso formidable, un ¡hurra! entusiasta respondió a las palabras del sátiro... Y Cisneros continuó.

— Si no fuerais gente que pierde la cabeza con cuatro copas de champagne; si supierais respetar a las señoras y honrar con una compostura decorosa mis canas venerables, os invitaría.

— ¡Viva Cisneros!

— ¡Viva el amigo de la juventud y de los placeres honestos! —gritó el distinguido concurso. Y el reverdecido sileno acabó la frase diciendo:

— Os invitaría a vaciar una copa de manzanilla en casa de la Peri y a ganaros honradamente unos cuantos luises a un bacarrat de Boulanger.

La última palabra determinó un verdadero delirio. El pobre Cisneros era abrazado, estrujado, besado... Malibrán, dejando el talle de Matilde, corrió al piano y tocó el himno de Boulanger.

La Peri, tomando el brazo de Cisneros, hizo ademán de adelantarse a la puerta y con una graciosa reverencia dijo en tono de gran duquesa:

— Señoras y señores: espero a ustedes con mi real esposo en nuestros augustos salones.

Chocaban las copas, chocaban los cuerpos, el piano arrojaba un vértigo de salvajes ruidos... De pronto, la Peri se separó de Cisneros y lanzó un grito terrible.

— ¡Federico!... ¡Federico!

Nadie había visto entrar a aquel hombre; la puerta no se había entreabierto siquiera...

El asombro fue general... Cesaron en su vértigo los cuerpos, calló el endiablado piano... Circuló por el aire de bacanal una corriente de miedo... Sólo la Peri se atrevió a acercarse al recién llegado:

— ¡Federico, Federico mío!, háblame, sácame de esta pesadilla... Yo amortajé tu cuerpo, yo besé tu cara, cien y cien veces, para darte calor; yo insulté a la muerte cuando te metieron en la caja; yo cubrí su sepulcro de flores... No eras nada mío, y eras la única luz de mi alma; te llamaba la gente perdido, y sólo yo, la Peri, la pública, sabía que el corazón no te cabía en el pecho y que eras bueno y leal y noble... La noche de tu suicidio creí volverme loca... No te mataste tú; te mató el mundo, el mundo que aquí se emborracha con la Peri, diciéndole que baile, y después hace mil reverencias a Currita llamándola virtuosa; el mundo que hallaba infame tu cariño y el mío te llamaba tonto porque no explotabas a Augusta.

El desconocido tendió la mano a la mujerzuela...

— Te equivocas —le dijo— no soy Viera; no soy tu Federico; mira esta mano atarazada, mira este costado sangriento; deslumbra tus ojos el místico nimbo que sobre mi frente resplandece. Soy la voz de todos los dolores, el eco de todos los torrentes, la sombra protectora de todo lo que va muriendo... Soy también el amor que redime, soy la humildad que persona, la mansedumbre que no se cansa, la llama que conforta y no quema... Soy el que nunca muere, el que nunca pasa, el que se alegró en Galilea y sudó sangre en Jerusalén... El que perdonó a la adúltera, el que curó al leproso, el que confundió al fariseo, el que templó su sed en el cántaro de la Samaritana. El que dijo al rico codicioso: "Deja tu casa y tu heredad y sigue mis pasos". El que enseñó al pobre a vivir contento son solo el pan de cada día. El que perdonó las injurias, el que convirtió su cuerpo en pan de las almas, el que dijo: "Perdonadles, que no saben lo que se hacen", y redimió, con su sangre divina, el pecado mortal del hombre... Soy Cristo... Abrázame...

El estupor primero había producido, a su vez, un silencio profundo. El desconocido pudo pronunciar en paz solemne y casi religiosa sus divinas palabras... Pero, pasada la sorpresa, el ataque neurósico de aquellas gentes distinguidas alcanzó proporciones de escándalo.

— ¡Fuera...! ¡Fuera...!

— ¡Embustero...! ¡Anarquista! —gritaban todos como energúmenos.

— ¡Ahí va eso! —dijo Gorito Sardona arrojando sobre aquella sombra misteriosa una copa de champagne.

— ¡Camarero! —exclamó indignado Malibrán...—. ¿Qué servicio es el de esta casa? ¡Cómo pueden llegar hasta nosotros estos tipos?

El desconocido, sin inmutarse ni moverse, con expresión de paz sublime en el rostro, volvió a hablar, lleno de dulzura:

— Yo perdono vuestros delirios; sois carne y sois pecado; pero también podéis ser arrepentimiento y amor... La hora presente es casi igual a aquella terrible y suprema en que fui llevado hasta el Calvario... El egoísmo, la ambición, la soberbia y el orgullo humanos se pasean frenéticos por el mundo... Vuestros corazones

están mucho más fríos que el triste cuerpo de Lázaro. Los de arriba cabalgáis sobre los siete pecados capitales. Los que están abajo sólo ponen sus esperanzas en el odio que envenena y en la dinamita que mata. Mientras vosotros os prostituís en la carne y en la lujuria, a vuestro lado, sobre las aceras de la calle, hay niños que lloran de hambre y frío; mientras vosotros entonáis el himno de la locura envilecida, allí abajo hay otros, hay otros locos que esperan la hora de suprimiros... ¡Y es tan fácil tener caridad, y es tan dulce sentir amor!... Venid a mí; yo perfumaré vuestras almas con la flor mística de Sión; yo trocaré vuestras lascivas en suave llama del espíritu; yo fertilizaré la tierra seca de vuestros corazones agotados; yo daré de beber a vuestros labios sin calor, la sangre ardiente de mi costado herido... Venid ¡soy la única esperanza!

— ¡Fuera! ¡Fuera! —volvieron a clamar los caballeros y las damas...

— ¡Camarero, ponga usted a este anarquista en la calle! —gritó Malibrán.

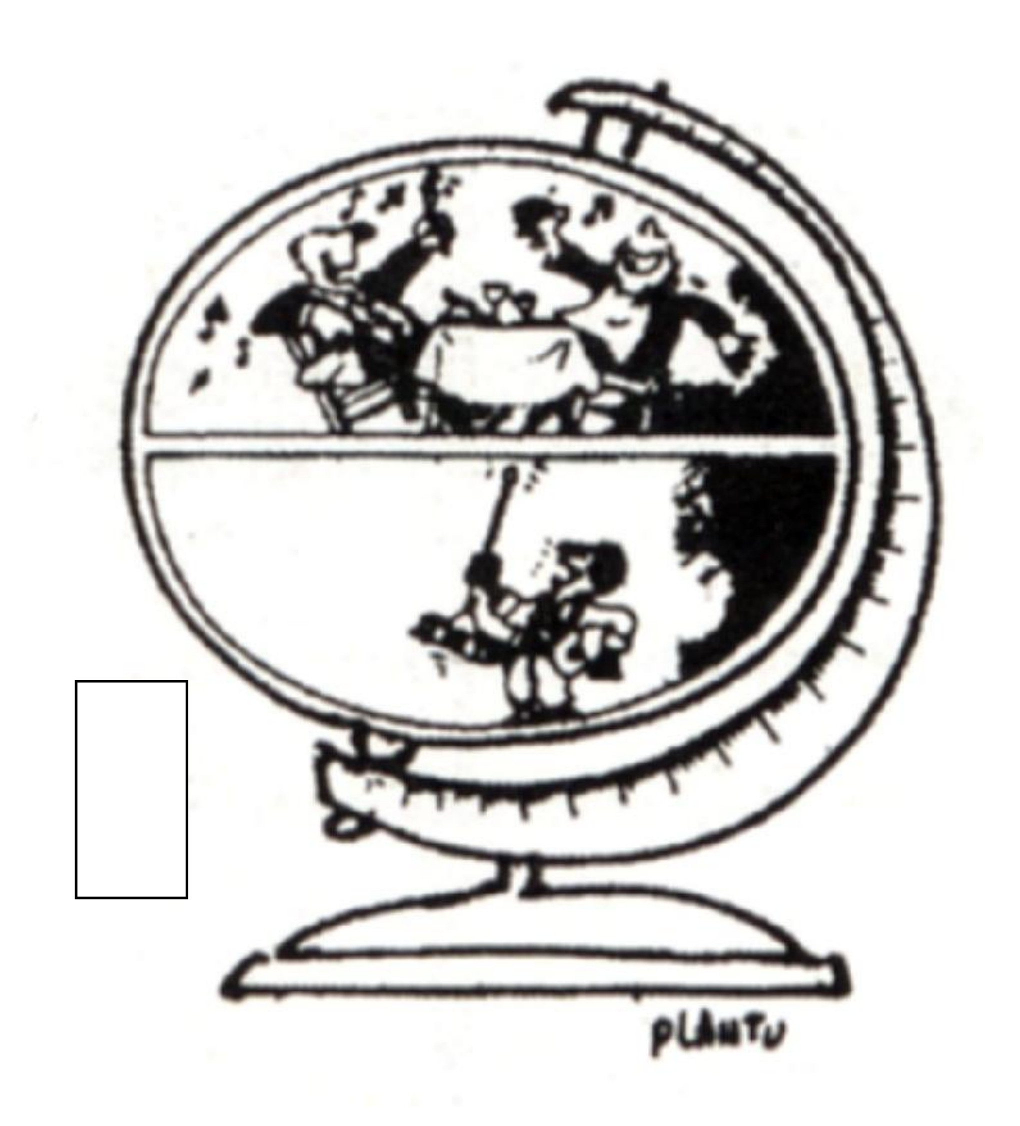
— ¡Bah! Lo mejor es darle un puntapíe —dijo Cisneros y se lanzó hacia la sombra.

Pero la Peri le detuvo por el brazo...

— Mira, viejo borracho —le dijo— si das un paso te estrangulo...

Y al decir esto llegó hasta ella una llama deslumbradora...

Era el rastro luminoso que, al alejarse, había dejado el desconocido.


PLANTU

LA GLORIA MILITAR

Alfonso Karr

La ciudad se hallaba muy sobreexcitada por tener guerra declarada a otra ciudad tan pequeña como ella, situada a cuatro o cinco leguas de distancia.

Los historiadores asignan varias causas a esa guerra, sobre la cual me he entregado a minuciosas investigaciones.

Uno de ellos, perteneciente a la ciudad de Nihilburgo, comienza, imitando el género de Tácito, que dice: Urbem a principio reges hubuere. —"Dios creó el cielo y la tierra."

Luego, después de referir el crimen de los hombres y el diluvio, colada tan enorme como fracasada y poco eficaz, explica como repoblaron la tierra los hijos de Noé, y como consecuencia de lo cual y de otras varias circunstancias que no son del caso, la ciudad de Nihilburgo se compone en la actualidad de 260 habitantes.

Del relato algo difuso de dicho historiador, como de las tradiciones del país, resulta que las primeras querellas entre las dos ciudades provinieron de un olmo plantado en el límite de los dos Estados, que cada uno pretendía pertenecerle.

Conviene decir que los historiadores de la otra ciudad pretenden, al contrario, que fue un duque de Microburgo quien tuvo la feliz idea, refiriendo a este propósito que se realizó en 1645, y la cosa se encuentra así consignada en los anales de Microburgo.

1492.— Luis, duque reinante, inventa una manera nueva de hacer la conserva de ciruelas, el año mismo en que Cristóbal Colón descubrió América, rodeado de la veneración pública y del amor de sus vasallos, hasta 1517.

1517.— Maximiliano, gana numerosas victorias sobre los habitantes de Nihilburgo y muere cubierto de gloria en 1540.

1540.— Guillermo. Tenía un vientre muy abultado.

1580.— Luis II. —Este reinado se considera a justo título por los escritores políticos como la continuación del precedente.

1623.— Luis III. —Conquista en Nihilburgo 26 haces de heno y un cerdo cebado.

1645.— Guillermo II. —En su reinado se quema el olmo que fue causa de la guerra entre los dos países.

Por su parte, los nihilburgueses pretenden, con apariencia de razón, que de esa nota no se deduce que fuese el duque Guillermo quien tuvo la idea de quemar el olmo, porque el historiador dice sencillamente: en su reinado.

En efecto, puede decirse: Racine escribió su comedia Les Plaideurs (los pleiteantes) bajo el reinado de Luis XIV; lo que no quiere decir que el autor de Les Plaideurs fuese Luis XIV.

Como quiera que sea, una vez quemado el olmo, cuyo acto pareció tan laudable

a los dos países, surgieron nuevos conflictos; es verdad que el árbol, colocado en el límite de los dos Estados, servía de pretexto a incesantes disputas, pero cuando desapareció se confundieron los límites y las usurpaciones mutuas produjeron nuevas guerras. En los anales de Microburgo referente a 1647 se leen estas palabras:

"Nueva guerra con los nihilburgueses a causa de la recolección, indebidamente hecha por ellos, de medio celemín de cebada sobre tierras de Microburgo."

Además de las causas políticas, diferentes causas que la dignidad del historiador pasa en silencio, pero que la tradición conserva, mantenían el desacuerdo entre las dos naciones. Las microburguesas gozaban de tener excelentes pantorrillas y usaban faldas cortas.

Las damas de Nihilburgo, que, por el contrario, usaban faldas largas, pretendían o afectaban no saber qué fundamento tenía aquella fama y afirmaban que si las conveniencias no les obligasen a llevar faldas largas y si, como las mujeres de Microburgo, quisieran sacrificar el pudor a una tonta vanidad, podrían mostrar con qué abatir el orgullo de aquellas damas, pero no lo hacían porque consideraban más honroso para ellas que se dijese: no se sabe cómo son las pantorrillas de las damas de Nihilburgo.

Añadían que la reputación usurpada por las microburguesas era comprada al precio de una exhibición impúdica y que esa apreciación, hecha por el público, no era, a los ojos de las personas sensatas, más que un monumento inmortal para vergüenza de las mujeres de Microburgo, de lo que en manera alguna debieran envanecerse.

Muchas canciones se habían hecho en las que las damas de Nihilburgo acusaban a las de Microburgo de tener amantes, a las que éstas habían respondido con otras en que acusaban a sus rivales de no tenerlos.

En una palabra; las cosas se envenenaban continuamente y en aquella época, a que se refieren nuestras noticias, los dos Estados se hallaban en guerra encarnizada. Habían tenido lugar varios encarnizados combates, en los cuales cada uno se había atribuido la victoria, pero en los que lo único que razonablemente podía afirmarse era que de una parte y otra se habían recibido muchos golpes y heridas.

Aquel día era el aniversario de la quema del olmo litigioso: en los dos país se celebraba la Fiesta de la Paz.

La Fiesta de la Paz comenzaba en ambos países en la hora en que el olmo sufrió el primer hachazo, lo que aún fue otro motivo de disputa entre los dos pueblos: los nihilburgueses asignaban a aquel momento las cinco y tres cuartos, mientras que los habitantes de Microburgo sostenían, con parecido fundamento, que el primer golpe se dio a las cinco y media.

Durante mucho tiempo, de una parte y de otra, se iba en procesión al sitio que

ocupaba el árbol; pero se observó que todos los años, con motivo de la Fiesta de la Paz, ocurrían varias reyertas y que era notoriamente el día del año que había más cabezas hendidas y más brazos rotos, por lo que la procesión cayó en desuso.

La Fiesta de la Paz comenzaba en Nihilburgo a las cinco y tres cuartos y en Microburgo a las cinco y media, durando toda la noche. En una parte y otra se empleaba aquel tiempo en bailar, beber y cantar; pero las canciones que empezaban dedicadas al amor, al cabo de cierto número de jarros de cerveza, acababan por alusiones al pueblo rival que no pecaban de reverentes.

He aquí una idea aproximada de lo que cantaban los jóvenes en Microburgo el día de la Fiesta de la Paz:

"Dancemos alegremente bajo nuestros viejos árboles, con nuestras doncellas de faldas cortas y hermosas pantorrillas. Las faldas largas son buenas para las mujeres de Hihilburgo. Es de temer que no encuentren bastante tela para ocultar sus grandes y feos pies.

Que ninguna doncella ame un mozo de Hihilburgo, porque nuestras mujeres deben tener hijos que sean fuertes, valientes y buenos patriotas microburgueses.

Pero, ¿dónde está el nihilburgues bastante osado para presentarse hoy en medio de nosotros?

Los mozos de Microburgo conservan aún los garrotes con que han abierto tantas cabezas.

¡Hurra!"

Y se terminaban por gritos y declamaciones ponderando las numerosas victorias obtenidas sobre los nihilburgueses.

En Nihilburgo, entre tanto, se cantaba:

"Dancemos alegremente bajo los viejos árboles con nuestras púdicas doncellas de faldas largas, que sólo a su esposo permiten ver la punta de sus pies.

Suerte tienen las microburguesas de tener buenas pantorrillas, porque si no se dejarían ver desnudas.

Que ninguna doncella ame un mozo de Microburgo, porque nuestras mujeres deben tener hijos que sean fuertes, valientes y buenos patriotas nihilburgueses.

Pero, ¿dónde está el microburgues bastante osado para presentarse hoy en medio de nosotros?

Los mozos de Nihilburgo conservan aún los garrotes con que han abierto tantas cabezas.

¡Hurra!"

Y se acababa también, como en el otro lado, por gritos y relaciones de las numerosas victorias alcanzadas contra los microburgueses.

Como he dicho, aquel día se celebraba la Fiesta de la Paz.

El pueblo estaba reunido en el salón del príncipe reinante, Federico CXXVII, uno

de aquellos principillos numerados a quienes la idea de majestad va unida, por no sé qué fatalidad, a algo que recuerda la vetustez de los coches de plaza. Descontando del número doscientos sesenta, a que ascendía la población de Nihilburgo, las mujeres, los niños y los ancianos, quedaban unos ochenta hombres en estado de llevar armas. Se trataba de adoptar una gran resolución.

El príncipe expuso en un largo discurso que la insolencia de las gentes de Microburgo crecía de día en día y que era tiempo de ponerle un término; que en aquel momento se entregaban a la alegría, a los placeres y sobre todo a la cerveza; que convenía sorprenderles en medio de la noche y hacer con ellos un escarmiento; que se les encontraría dormidos o borrachos; que sería fácil en ese estado dar buena cuenta de ellos, que en todo tiempo habían ensangrentado las páginas de los anales de Nihilburgo.

Esta proposición fue acogida por todos con gran entusiasmo.

El príncipe añadió: —Es preciso, pues, abstenerse de cerveza y de bebidas embriagadoras y mañana celebraremos por primera vez una fiesta cuyo aniversario reemplazará en el porvenir la Fiesta del Olmo, y a la que denominaremos la Fiesta de la Paz victoriosa.

Nuevos hurras aclamaron al príncipe, quien, animado por el éxito, creyó deber añadir que era preciso abonar los campos con sangre de enemigos, a lo que nadie se opuso.

A las diez de la noche se emprendió la marcha: no hablaré de las lágrimas de las madres, de las esposas o de las prometidas; sólo me detendré un instante sobre la desesperación de la esposa del príncipe Federico CXXVII. Ella concibió el proyecto de atacar por sorpresa la ciudad de Microburgo y lo sugirió a su marido, pero al verle partir hacia el peligro, se mesaba los cabellos, se golpeaba el pecho y se acusaba de ser una esposa criminal, una mujer sin corazón que prefería la gloria de su esposo a su conservación y por lo mismo le suplicaba que abandonase una empresa que, aunque gloriosa, ponía su preciosa vida en peligro. Tan elocuente y conmovedora fue su plática, que el príncipe estuvo a punto de ceder, hasta que la princesa añadió:

— Estoy persuadida de que, después de vuestro magnífico discurso pronunciado hace poco ante vuestros vasallos, quedaríais deshonrado si no llevaseis a cabo la empresa iniciada; pero ¿qué vale una vana gloria? Abandonaremos el palacio y sus grandezas, iremos a ocultarnos en un desierto y allí, en el seno de la naturaleza, viviremos de frutas y de leche...

El príncipe no la dejó acabar; esa perspectiva no tenía encantos para su imaginación y se resignó a cubrirse de gloria, por lo que abrazado con ternura a la princesa, se desprendió de sus brazos.

Al partir, todos querían ocupar las primeras filas; pero después de haber andado

dos leguas, se estableció un poco de disciplina en el ejército y cada uno consintió en ocupar su puesto: cuando se estuvo a media legua de Microburgo, se marchó más despacio; a un cuarto de legua, se hizo un alto y se celebró consejo: algunos opinaron que la empresa era grave y peligrosa: dos o tres aconsejaron volver a Nihilburgo; muchos se contentaron con desearlo, pero el mayor número no tuvo siquiera valor de declarar su miedo; se decidió, sin embargo, que se obraría con prudencia; que si, por acaso, los microburgueses estuviesen alerta, se consideraría el asunto como fracasado y s haría señal de retirada. Se enviaron algunos hombres a la descubierta, luego se continuó la marcha hacia la ciudad enemiga, pero guardando todos el mayor silencio, lentamente y con circunspección.

En el curso del camino parecía que todos tuviesen un solo corazón y un solo espíritu. No se hablaba más que de gloria, de desafiar peligros, de defender la patria; sin embargo, profundizando un poco el pensamiento de los personajes que se servían de las mismas palabras, se hubieran encontrado variantes muy curiosas, como lo demuestran los siguientes ejemplos:

UNO.— ¡Voy a conquistar gloria! Es decir; sé de una platería en Microburgo, cerca de la iglesia, donde espero despacharme a mi gusto.

OTRO.— ¡Voy a conquistar gloria! Es decir: malo será que en la zaragata que se va a armar no pueda lograr echar mano a un buen caballo para sustituir al mío que dejo estropeado e inútil en la cuadra.

OTRO.— ¡Voy a conquistar gloria! Es decir: por poco que pueda no volveré con la casaca vieja que llevo puesta.

OTRO.— ¡Voy a conquistar gloria! Es decir: buena ocasión para llevar a Sofía los pendientes de oro que le tengo prometidos.

Y así pensando, he aquí a nuestros héroes a pocos pasos de la ciudad. La avanzada vuelve diciendo que no han visto a nadie, que la ciudad parece dormida. Algunos prudentes hacen notar que acaso sea astucia de sus pérfidos enemigos, que no hay que fiarse, que aún es tiempo de renunciar a una expedición imprudente; que bastaría para humillar a los microburgueses que el príncipe arrojase su guante a la ciudad en signo d desafío.

En aquel momento el caballo del príncipe se encabrita; y aquel señor, que nunca fue buen jinete, quiere retenerle, se encoleriza y le espolea temerariamente, a consecuencia de lo cual el caballo parte a galope y entre en la ciudad, siguiéndole los suyos censurando su loca temeridad.

El caballo se detiene de pronto enfrente de una casa que le cierra el paso. El príncipe, que en su atolondramiento consiguió mantenerse firme agarrándose a las crines, se apea y le ata a un poste, mientras que los fieles nihilburgueses rodean a su valeroso jefe.

El ruido del caballo debió despertar a los enemigos; pero ¿cómo es que no se ve

a nadie? ¿Tan grande es la borrachera de aquella gente? Dos soldados vienen a decir que han descerrajado una tienda y sólo han encontrado una vieja que se les ha arrodillado pidiendo clemencia. En otra no han encontrado más que una mujer con dos niños y una criada. Se les interroga y sus respuestas y nuevas pruebas hechas en otras casas demuestran el hecho singular de que no hay un solo hombre visible en toda la ciudad de Microburgo. Se registran las casas y en todas sucede lo mismo; los cobardes guerreros de Microburgo han huido y entre tanto cada uno de los soldados nihilburgueses se cubren de gloria a su manera.

Se emprende el saqueo en toda regla, se quema una o dos casuchas y se ejecutan todas las atrocidades de uso en semejante caso; pero pronto Federico da la señal de retirada. Reúnese el ejército victorioso en la gran plaza de Microburgo; cada uno lleva su parte de botín, de que se han cargado los asnos y caballos que se han encostrado. Las mujeres y los niños, agolpados en un pelotón, son conducidos a pesar de sus lamentos y súplicas.

El ejército victorioso se pone en marcha.

El príncipe, rodeado de sus fieles consejeros, se pregunta qué se ha hecho de los solados de microburgo. En cuanto a los nihilburgueses, cada uno refiere sus grandes hazañas; se cuentan hasta cuarenta y tres que han entrado el primero en la ciudad enemiga.

La ausencia de los microburgueses se la explican los asaltantes por el terror que inspiran, olvidando por completo el que sentían poco tiempo antes.

Sin embargo, por orden del príncipe se sigue atajos y veredas separados del camino real, que si bien alargan y dificultan la marcha pueden evitar peligrosos encuentros.

De repente se oye ruido de pasos y de voces a lo lejos y el príncipe ordena apoyarse a la derecha para alejarse de aquel ruido. Ya cerca de la ciudad, se discute si se entrará por la puerta posterior. Pero les sorprende una luz extraña: ¡si parece de día! ¡que cielo tan rojo! Nunca se vio una aurora tan brillante; pero no puede ser la aurora, porque la luz se ve en la dirección de Nihilburgo y Nihilburgo está al Oeste. Se apresura la marcha. ¡Oh! ¡Fuego! Las llamas se ve distintamente. ¡Nihilburgo está ardiendo! Se deja los prisioneros y el botín bajo la guardia de la tercera parte de la tropa y el resto se precipita hacia la ciudad.

¿Cómo es que no oyen gritos? ¿No habrán despertado las mujeres y los niños ante aquel espantoso accidente? Todos se apresuran; se extingue el fuego de dos casas; una tercera está de tal modo envuelta por las llamas que no se puede ni aún intentarlo.

Nadie se encuentra en las casas salvadas. ¿Habrán perecido las mujeres y los niños que las habitaban, o se habrán refugiado en otras casas?

Comienza a amanecer; el botín y los prisioneros llegan con su escolta; los ven-

cedores entonan cantos guerreros. Nadie sale de las casas; se encierra provisionalmente a los prisioneros en dos casas abandonadas y se ponen centinelas.

Cada cual se apresura a entrar en su casa con su parte de botín; el príncipe Federico, lo mismo que los demás; pero con gran sorpresa no encuentra en palacio ninguna de las mujeres de la princesa Federica; dirígese apresuradamente a las habitaciones de la princesa, y ¡tampoco está en ellas!... Además le espanta el desorden que se observa en todas partes: muebles rotos, puertas derribadas: ¡el palacio ha sido saqueado! El príncipe, angustiado, quiere sentarse, pero no hay una silla.

Y lo mismo que al príncipe sucede a cada uno de sus vasallos: ni un mueble, ni ropa, ni moneda, ni mujeres, niños, ni ancianos en Nihilburgo.

Reúnense todos en tumulto en la plaza; el príncipe arenga a sus súbditos; todo induce a creer que un pérfido enemigo ha abusado cobardemente de las sombras de la noche para introducirse en la ciudad y entregarse, con desprecio del derecho de gentes, a todos los horrores de que es capaz una soldadesca desenfrenada.

Se colma de maldiciones a los microburgueses y se admira que el cielo deje impones a semejantes bandidos.



TÍTULOS PUBLICADOS

- ★ La anarquía - Errico Malatesta
- ★ Entre campesinos - Errico Malatesta
- ★ Escritos (I) - Errico Malatesta
- ★ Escritos (II) - Errico Malatesta
- ★ Textos libertarios (I) - M. Bakunin y E. Reclus
- ★ Textos libertarios (II) - Gómez Casas y P. Besnard
- ★ Textos libertarios (III) - Isaac Puente
- ★ Mujeres para la libertad
- ★ La ley del número - Ricardo Mella
- ★ La coacción moral - Ricardo Mella
- ★ Anarquismo y organización - Rudolf Rocker
- ★ Textos libertarios (IV) - R. Rocker y W. Tcherkesoff
- ★ El Estado y su papel histórico - Pedro Kropotkin
- ★ Doce pruebas de la inexistencia de Dios - S. Faure
- ★ Textos ateos - Sebastián Faure
- ★ Del desarrollo al decrecimiento - Jean Pierre Tertrais
- ★ 1936. La revolución olvidada - varios autores
- ★ Anarcosindicalismo •teoría y práctica• - R. Rocker
- ★ Justicia y Libertad - Pierre-Joseph Proudhon
- ★ El anarquismo contra la locura militar - L. Tolstoi y R. Rocker
- ★ Dios y el Estado - M. Bakunin
- ★ De la huelga salvaje a la autogestión generalizada - Ratgeb
- ★ Anarquismo básico
- ★ La psicología de masas del fascismo - Wilhelm Reich
- ★ La anarquía - Sebastián Faure

